

DEL
GRADO DE CERTEZA
DE LA MEDICINA,

OBRA DE P. J. J. CABANIS,
Senador, Individuo del Instituto nacional, de la Escuela
y Sociedad de medicina de Paris, etc.

PRECEDIDA DEL ELOGIO DEL AUTOR,
POR EL SR. CABALLERO RICHERAND,
Catedrático de la Facultad de medicina de Paris, etc.

TRADUCCION CASTELLANA.

PARIS,

IMPRESA DE J. SMITH, CALLE MONTMORENCY, N° 16.



1826.

Clodomira Cora

ELOGIO

DE M. CABANIS. (1)

M. PEDRO JUAN JORGE CABANIS, individuo del Senado y del Instituto nacional, comandante de la Legion de Honor, catedrático de la Escuela de Medicina de Paris, y de muchas sociedades sabias, nació en 5 de junio del año de 1757, en el pequeño concejo de Conac, inmediato á Brives, departamento del Correse. Sus triunfos en los estudios de la niñez no diéron señales de los que debian coronarle en algun dia, sea que no existiese todavía la semilla de sus felices disposiciones, ó que sus maestros no poseyesen el don de cultivarlas; y únicamente podia

(1) Este elogio forma parte del discurso pronunciado por el Sr. Caballero Richerand el 24 de noviembre del año de 1808, en la sesion pública de la Escuela de Medicina de Paris.

advertirse en él desde entónces un genio entero hasta la obstinacion, y que se irritaba con los solos visos de la injusticia. Conducido á Paris hácia el fin de sus catorce años, presentó de repente el inesperado espectáculo de la mas ardiente pasion al estudio, y de la mas rara idoneidad para toda especie de conocimientos.

Hallábase acabada ya su educacion, cuando, deseando coger sus padres el fruto de ella, le mandáron restituirse al lado suyo. Pero ¿ como resistir á aquella voz interior que advierte al talento de su fuerza, y le afianza el acierto? M. Cabanis no pudo resolverse á ver desvanecerse sus mas queridas esperanzas; quiso mas aceptar temporalmente el destino de secretario de un magnate polaco, el príncipe Massalsky, obispo de Wilna, y seguirle á Polonia. Dos años de mansion en aquel pais le habilitáron para observar de cerca su gobierno, que encerraba en sí las causas, y presentaba ya los síntomas de una próxima ruina.

De vuelta M. Cabanis á Paris, siguió con un nuevo ardor la carrera literaria. Habiendo pro-

puesto la Academia francesa por premio la traduccion en verso de un fragmento de Homero, emprendió Cabanis la de la Iliada entera. Abandonada esta obra por la medicina, hácia la que le dirigió la necesidad de elegir un estado y obedecer á los deseos de su familia, volvió á ser posteriormente la tarea de nuestro autor en los momentos desocupados que otros estudios mas graves le dejaban. Le atraian hácia ella tanto su natural inclinacion á la poesía como aquel irresistible embeleso que va unido á todas las producciones de la juventud; y por lo mismo está casi enteramente finalizada hoy dia la traduccion. Si en algun tiempo llega á darse ella á la luz pública, cesará quizá la lengua inglesa de ser la única en que se hayan espresado dignamente las ideas del príncipe de los poetas, y quedará igualado Pope.

M. Cabanis manifestó en el estudio de la medicina el ardor con que él se habia dado al cultivo de las letras. Hipócrates le dejó poseido de un entusiasmo igual al que Homero le habia infundido. Le admiraba á un mismo tiempo como

puntual historiador de las enfermedades, y como sobresaliente escritor: porque familiarizado con la lengua griega, no perdía nada de los primores de su estilo, desfigurado con mucha frecuencia por la infidelidad de los traductores. Bebió pues los primeros elementos de su arte en las antiguas y puras fuentes de la medicina griega; y aun su educación médica no careció de alguna conformidad con la que recibían los Asclepiades. Al modo de estos, fué iniciado en los conocimientos mas excelsos de nuestro arte, y fuéron dirigidos sus primeros pasos en la ardua carrera de la práctica por un maestro, á cuya memoria dió profusamente con tanta frecuencia en sus escritos, los testimonios de la mas durable gratitud. Dubreuil, médico filósofo, vivía entónces en San German, á donde iban á buscarle por tropeles unas gentes frívolas, en aquella ocasion justas apreciadoras del mérito modesto y oculto.

Dubreuil adivinó sin mucho trabajo el talento de su nuevo discípulo, y le admitió como tercero en aquella tan cordial intimidad que rei-

naba entre él y el escritor Pechmeja; amistad perfecta cuyo modelo no puede hallarse casi mas que en la antigüedad fabulosa, y cuya memoria se nos conservó por los escritos coetáneos.

Conducido M. Cabanis en esta época por Turgot á casa de madama Helvecio, se cautivó vivamente el ánimo de esta respetable señora, la que desde entónces le adoptó y estimó como á un hijo, y quiso que nuestro autor se fijase cerca de ella. Su casa de Auteuil era el punto de reunion de cuanto la Francia encerraba de mas ilustrado, y de cuantos sabios y célebres filósofos habia en la Europa. M. Cabanis tuvo allí la ocasion de hacer y cultivar la amistad de Franklin, Jefferson, este respetable gefe de un pueblo libre, Thomas y Condillac. Veía familiarmente en casa del baron de Holbach á Turgot, Diderot, d'Alembert; y fué presentado á Voltaire, que le hizo una afectuosa acogida, cuando este hombre prodigioso vino á terminar en Paris la carrera de su vida.

Recibido de médico Cabanis en el año de

1784, se dió enteramente á la práctica, hasta la época de la revolucion, en que, por sus talentos y la especie de sus conexiones, se hallaba llamado á representar un gran papel. Supo resistir á las ilusiones de la ambicion en aquella ocasion, y permanecer fiel á la medicina. Aceptó únicamente la plaza de administrador de los hospitales de Paris, mas conforme con sus habituales ocupaciones. Desde el año de 1789, habia publicado sobre estos asilos abiertos á la miseria un escrito lleno de nuevas y útiles consideraciones, por fortuna realizadas desde entónces. Siendo amigo y médico de Mirabeau, hizo la historia de su enfermedad y muerte en un opúsculo lleno de interes. En el curso de los siguientes años, dió á luz sucesivamente sobre muchos objetos de utilidad pública diversos escritos en que respiran el amor del bien, el mas razonable patriotismo, y la filantropía mas ilustrada. Rara vez daba su nombre á esta clase de obras; contento con estar ignorado, siempre que ellas fuesen útiles.

El Instituto nacional y la Escuela de medicina

de Paris le contáron en el número de sus primeros individuos. Se habia negado por mucho tiempo á todo destino político, cuando llegó una época en que esperó poder ser útil á su pais, como individuo del Cuerpo legislativo, en el Consejo de los Quinientos.

En el 18 de brumario, creyó con toda la nacion que impelido por tantas borrascas el bajel de la república, tenia necesidad de nuevos pilotos: tomó la mas activa parte en aquella memorable revolucion, la auxilió con cuanto influjo podian proporcionarle su consideracion personal y talentos, publicó un escrito en el que demostraba los beneficios del nuevo gobierno consular, y tomó asiento en el Senado, entre los hombres mas distinguidos que habia á la sazón en Francia.

Desde cuyo momento fué ménos agitada su existencia; pudo entregarse con mayor facilidad á sus mas queridas tareas, y volver á la medicina hácia la que le atraian incesantemente un incentivo mas poderoso á cada momento. Por lo mismo la publicacion de sus principales obras

trae la fecha de esta época. Sin embargo, desde el año de 1797, habia publicado la que trata *del Grado de certeza de la medicina*, y dedicádola á sus compañeros los catedráticos de la Escuela de Medicina de Paris. Este escrito lleva impreso en todas partes el sello de un talento superior; y no se nos acusará de hipérbole, si decimos que en su clase es una obra acabada.

M. Cabanis en esta obra emprendió refutar no solamente las objeciones que por lo comun se hacen, sino aun tambien las que pueden hacerse contra la certeza de la medicina. No se desatiende de ninguna de ellas; preséntalas con toda su fuerza, y las destruye de un modo igualmente victorioso. No hay nada que la medicina pueda oponer con mas ventaja á los sarcasmos y sofismas, así como á las calumnias de sus detractores; ni nada es mas capaz de dar á conocer á los médicos la magestad de su ministerio, y de infundirles el entusiasmo de él. En los tiempos de los Asclepiades, el que iba á entregarse al estudio ó comenzar el ejercicio de la medicina, juraba observar cuantas leyes nos

trazó Hipócrates en su libro *del Juramento*; la lectura del libro sobre *el Grado de certeza de la medicina* substituirá útilmente entre nosotros esta ceremonia religiosa; y aquel á quien no conmueva la elocuente pintura del distintivo característico y obligaciones del verdadero médico, será indigno siempre de este hermoso título.

La importante obra de las *Relaciones de lo fisico y moral del hombre* salió á luz por la primera vez en el año de 1802. Diversas memorias leídas por el autor en el Instituto nacional habian dado á conocer ya los fundamentos de ella. Será mirada siempre como uno de sus mas admirables títulos de gloria. Pocos hombres hubieran sido capaces de juntar una tan copiosa cantidad de observaciones; de escogerlas mejor; de clasificarlas con mas método; de deducir de ellas verdades generales, *máximas* que no son mas que sus inmediatas y rigurosas consecuencias; de agregarles un mayor número de consideraciones nuevas y útiles; de espresarse con una dignidad mas acomodada á la importancia de la materia; de hacer un uso mas sabio de las luces

que las ciencias ideológicas, fisiológicas y físicas suministran; finalmente, de separar con mas discernimiento las cosas conjeturales de los conocimientos reales y positivos. Esta obra fué acogida con universales aplausos. Su segunda edicion pareció en el año de 1805 (1).

M. Cabanis habia publicado en el curso del año de 1804, bajo el nombre de *Ojeada sobre las revoluciones y la reforma de la medicina*, una especie de compendio filosófico de la historia de esta ciencia, dividida en épocas. Tenia ánimo de dedicar lo restante de su vida á finalizar esta gran pintura, de que no da aquí mas que un bosquejo; queria pintar la medicina en su origen, seguirla en sus progresos, hacer caminar á la par su historia y la de las otras ciencias, á fin de ver mejor de qué servicios les era deudora ella, y qué luces les habia prestado. Una salud decadente no le permitió ejecutar

(1) La tercera edicion salió á luz en el año de 1815, y la siguiéron otras dos posteriormente. Traducida esta obra en castellano pareció por la primera vez en enero de 1826.

este plan vasto y luminoso en que él hubiera dejado bien atras de sí á Freind y Leclerc, á los que igualaba en materia de erudicion y conocimiento de las antiguas lenguas, y á los que era incontrovertiblemente superior como escritor y filósofo.

En el mes de abril del año de 1807 experimentó M. Cabanis el primer ataque de apoplejía. Los socorros del arte lograron desvanecer los primeros accidentes. Se repitiéron dos segundos ataques en el curso del otoño. En la primavera de este año, nuevos síntomas hicieron temer una recaída; finalmente, en los primeros dias del buen tiempo, el 6 de mayo, el último y terrible ataque de apoplejía terminó en pocas horas una vida tan preciosa para la medicina, la filosofía y amistad (1).

(1) La abertura del cadáver presentó el ventrículo izquierdo del corazon de un volúmen y fuerza triples á lo ménos del volúmen y fuerza comunes. Las ternillas de esta cavidad muscular tenian mas de una pulgada de grueso; de modo que á la primera vista se notaba una desproporcion patente entre la virtud de este agente cen-

Bien instruido M. Cabanis sobre los peligros de su situacion, veia acercarse la muerte sin

tral de impulso y lo restante de la máquina. Los ventrículos del cerebro contenian unas ocho onzas de sangre coagulada. Habia sido tan violenta la irrupcion, que la membrana del *septum lucidum* estaba rota, y que las eminencias salidas en lo interior de las cavidades, como las capas ópticas y los cuerpos estriados, estaban profundamente descompuestas en su substancia.

El cuerpo de M. Cabanis, muerto en 6 de mayo del año de 1808 en Reuil, junto á Meulan, fué trasladado en 14 del mismo mes á la iglesia de santa Genoveva, para darle allí sepultura. Una ceremonia fúnebre, celebrada en la iglesia parroquial de Auteuil, precedió á esta traslacion. Numerosas diputaciones del Senado Conservador, del Instituto nacional, y de la Escuela de Medicina de Paris asistiéron á esta tierna ceremonia. El Sr. Senador Garat, amigo de M. Cabanis, pronunció en esta ocasion un discurso en el que recordó sus principales títulos al sentimiento de sus contemporáneos y á la memoria de los venideros. Poseido enteramente de la idea de semejante pérdida el orador, supo infundirla en el ánimo de sus oyentes.

« ¡ O amigo mio! (esclamó con el acento del mas verdadero pesar) ¡ o amigo mio! vengo á hablarte por la

pavor. En la soledad de la aldea, á que él se habia retirado durante el último año de su vida, se ocupaba en el cuidado de asegurar la futura existencia de una familia idolatrada, y se entregaba á los embelesos de la amistad, que fué su ídolo siempre. En aquellas conversaciones filosóficas cuyo tierno y doloroso recuerdo no se borrará nunca de nuestra memoria, gustaba de repetir esta sentencia de Hoffmann, que la apoplejía nerviosa es el premio acordado por la naturaleza á las dilatadas tareas intelectuales; despues, como para distraernos de lo desconsolado que tan doloroso pensamiento encerraba, nos hablaba de sus investigaciones favoritas, y hacia relucir las últimas chispas de una llama que debia apagarse tan pronto.

postrera vez; vengo á depositar sobre tu monumento fúnebre el tributo de nuestros pesares! Pero ¡ como desempeñaré esta penosa incumbencia! como podré hallar algunas palabras, cuando estas imágenes de la muerte hielan mi pensamiento; cuando el dolor ahoga mi voz; cuando los impulsos de mi alma me inclinarian á precipitarme sobre tu féretro, y permanecer pegado á él con el silencio y recogimiento de la consternacion.»

M. Cabanis era de una estatura bastante alta, pero de una estructura cenceña y de salud delicada. A las luces de una razon perfecta y superior entendimiento, unia todas las gracias de la elocucion y toda la viveza de la juventud. Su conversacion era instructiva, animada, lucida, profunda ó ligera, variada en una palabra como su talento, familiarizado con toda especie de estudios y conocimientos. Llegaba en la bondad hasta aquel grado en que los perversos quieren en balde denigrarla llamándola tontería. Su genio le adquirió y conservó tantos amigos como sus talentos le valiéron admiradores. Viviendo en Auteuil hácia sus últimos años, servia allí como de providencia á los necesitados. Desde el amanecer, y en la mas rigorosa estacion, le veian recorriendo las inmediatas aldeas, y llevando consuelos, consejos, y socorros á los enfermos menesterosos. Cuando, vuelto de estas fatigosas carreras, gozaba en el seno de su familia del trato de la amistad, á cuyas delicias sabia tan bien dar M. Cabanis su justo valor, en aquella sociedad que él embelesaba, cada uno

de nosotros le hacia en secreto la aplicacion de aquel dicho del anciano de Cos: *El médico filósofo se asemeja en algo á la naturaleza de los dioses.*

Habia unido su suerte á la de la señora de Grouchy bien digna de semejante esposo, porque conoce toda la latitud de su pérdida, y no puede hallar consuelo en ella.

Cuantos conocísteis á Cabanis, y gozásteis de los beneficios de su intimidad, tomáis parte en este pesar, y conoceis como yo que el tiempo, tan poderoso contra los sentimientos vulgares, será absolutamente incapaz de debilitarle.

Des Florentino Paz,



PROLOGO.

PARA estudiar y practicar competente-
mente la medicina, es necesario darle algun
valor; y para darle un valor real, es ne-
cesario creer en ella. Si nuestro arte tiene
sólidos fundamentos en la naturaleza; si
puede ser útil; si sus consuelos son neces-
rios al desventurado doliente; finalmente
si la potestad pública debe por obligacion
fomentar y vigilar nuestras tareas: no pue-
den emplearse muchos medios para incli-
nar á los hombres que le profesan, á dedi-
carse á él enteramente; para hacerles co-
nocer toda la dignidad de su ministerio;
para infundirles su entusiasmo. Este fin es,
confiésolo, el que me movió á tomar la
pluma. Creí por lo demas, que bastaba en
algun modo con bosquejar las ideas mas

importantes y generales á que da origen una materia capaz de las mas largas esplanaciones. Podrán completar otros lo que yo bosquejo; y manos mas doctas podrán esponer circunstanciadamente lo que yo me ciño á trazar rápida y sumariamente. Esta idea no tiene necesidad de lisongear mi amor propio: ella hace otra cosa mejor; pues mueve mi corazon, presentándome una esperanza de utilidad real: único premio que espero de mi corto trabajo.

Cuando uno escribe sobre objetos poco familiares al público, y que sin embargo se esfuerza á ser conciso, no puede casi esperar el ser bien entendido de los que leen de un modo superficial. El que no quiere dejar el severo tono de la discusion está precisado á desechar todo ornato de estilo. Pido pues atencion é indulgencia al lector.

El 10 de diciembre de 1788.

P. D. El escrito siguiente debia darse á luz en el invierno del año de 1789; pero unos intereses mas queridos de todas las almas generosas, supuesto que ellos llevaban por objeto la libertad de una grande nacion y la felicidad del género humano, llegaron á dar una nueva direccion á la atencion pública. El movimiento, como nadie lo ignora, fué general; suspendió la mayor parte de las tareas meramente científicas y literarias; y los mejores espíritus dirigieron sus meditaciones hácia las materias que pertenecen mas inmediatamente á la organizacion social. Desde aquella época, las luchas revolucionarias nos tuvieron casi continuamente en una agitacion poco favorable para las investigaciones especulativas: aun la necesidad y hábito de obrar incesantemente habian hecho contraer á todas las cabezas, unos hábitos precipitados y decisivos que hacian generalmente fasti-

diosa esta especie de investigaciones. Pero se tuvo mucho lugar y ocasion de ver que no es este el medio de acelerar el curso de las luces, ni mas especialmente de perfeccionar la razon. Los hombres reflexivos no ignoran por otra parte cuanto influyeron el progreso de las ciencias, y particularmente el de los buenos métodos filosóficos, sobre la formacion y propagacion del espíritu de libertad. Unicamente con la filosofía se purifica y consolida la libertad; la cual se hermosea y se hace un verdadero sistema de prosperidad por medio de las ciencias y artes.

En este momento en que va á organizarse por último indubitavelmente la instruccion nacional por un plan digno de las luces del siglo y de la magestad de la república, es muy necesario determinar las relaciones de las diferentes ciencias, circunscribir su respectivo patrimonio, y estu-

diar bien el espíritu que la naturaleza de las cosas asigna á cada una, á fin de poder aplicarles con fruto aquellos métodos analíticos generales, destinados á mudar enteramente en breve la faz del mundo intelectual.

Aun cuando la medicina no llevara, en los males que ella puede aliviar y sanar, un fin directo de utilidad, seria digna todavía de una suma atencion como basa de toda buena filosofía racional. Unicamente ella en efecto es capaz de darnos á conocer las leyes de la máquina viviente, el curso de la sensibilidad en el estado sano, las modificaciones que esta facultad puede experimentar en el estado de dolencia; y nos muestra desnudamente al hombre físico entero, de que el hombre moral mismo no es mas que una parte, ó, si se quiere, otra faz. De la sensibilidad física, no ve el médico solamente dimanar las ideas y pasio-

nes, sino que tambien ve, en algun modo, como se forman ellas; ve á lo ménos lo que favorece ó embaraza su formacion: y halla siempre en ciertos estados orgánicos la solucion de cada problema.

Así pues, podemos considerar la medicina como que suministra basas igualmente sólidas para aquella filosofía que sube á la fuente de las ideas; y para aquella filosofía que sube á la fuente de las pasiones. Por una parte, sus consideraciones deben dirigir todo buen sistema de enseñanza; y por otra, ella halla en las eternas leyes de la naturaleza los fundamentos de los derechos y obligaciones del hombre. En una palabra, ella aclara el estudio del entendimiento, y traza el arte de conducirlo, y de perfeccionarle, reconociendo en las impresiones y necesidades propias de cada naturaleza sensible, las verdaderas causas ó leyes de las relaciones de cuantos seres le perte-

necen, ó que ella encierra en su patrimonio: y del mismo principio dimanar, á sus ojos, las reglas de su conducta recíproca, y el arte fundado de su felicidad; es decir la moral (1).

Hace ademas la medicina un servicio esencial. Igualmente que todas las demas ciencias físicas, y las otras artes que se apoyan en la delicada observacion de la naturaleza, mira ella directamente á disipar cuantas fantasmas fascinan y martirizan nuestras imaginaciones. Acostumbrando la medicina el ánimo á no ver en los hechos mas que los hechos mismos y sus evidentes relaciones, ahoga en su raiz muchos errores que no se deben sino á unos hábitos enteramente contrarios; destruye mas particularmente cuantos se hallan enlazados con algunos

(1) Digo la moral en general, porque cada naturaleza sensible tiene la suya, y fundada siempre en las mismas basas.

absurdos físicos; y, en este íntimo trato con la naturaleza, contrae la razón una independencia, y el alma una entereza que en todos tiempos se notaron en los médicos realmente dignos de este nombre.

Esto me ha hecho pensar que en el momento en que los estudios comienzan á recuperar un nuevo esplendor, seria cosa útil el dar á conocer mejor la superior importancia suya, y que se haria un servicio real, presentando á los alumnos que se dedican á ellos algunos motivos particulares de zelo y atención, tomados del grado mismo de certeza á que el arte puede llegar: porque esta posibilidad bien reconocida transforma en otras tantas sagradas obligaciones, todas las tareas de la ciencia, y todas las investigaciones relativas á los métodos mas exactos de experiencia y raciocinio.

El 1º vendimiario año 6.

GRADO DE CERTEZA

DE LA MEDICINA.

INTRODUCCION.

LA muerte es el término inevitable de la vida; y el dolor es, igualmente que el placer, el patrimonio de todo ser sensible. Es cosa tan natural el sufrir y morir, como el vivir y tener agradables sensaciones; y es tan conforme con la naturaleza el estar enfermo como el estar sano. El plan de la naturaleza (1) exigia que los se-

(1) Cuando hablo del plan de la naturaleza, no es mi ánimo ir mas allá de la enunciación de un simple hecho. Hay relaciones regulares y constantes entre las diversas partes del universo: es cuanto quiero decir. La filosofía de las causas finales no pudo sostener por otra parte nunca un exámen serio, aunque quizá la limitada inteligencia humana experimenta suma dificultad para desecharla enteramente.

res animados estuviesen sujetos á la accion de cuanto los circunda, y que la variedad de las modificaciones que ellos experimentan en estos continuos choques, fuese proporcionada siempre con la finura de sus órganos y con la nobleza de sus funciones. Así, aunque puede decirse, en un sentido, que ordenando su benéfica mano con tanta regularidad los movimientos vitales, lo hizo todo para conservar á los individuos en un estado sano, igualmente que para perpetuar las especies; sin embargo los dolores y enfermedades son una necesaria resulta de la economía animal, y de las circunstancias en medio de las cuales echó el eterno artífice á todos los seres vivientes: y dotado de mas maravillosas y nobles facultades el hombre, gozando ademas en supremo grado de la sensibilidad que las produce con su progreso, se halla entregado por esto mismo á la accion de muchas causas maléficas ó destructivas.

Así pues, en el estado mas natural, ningun animal está exento de los dolores físicos: así pues el hombre, por su constitu-

cion primitiva, estaria mas sujeto á ellos que todos los otros, aun cuando las instituciones y hábitos sociales no le espusieran todavía á mil peligros nuevos, á proporcion que semejantes instituciones y hábitos estienden sus relaciones, que engrandecen su existencia, y que los lances de su vida se hacen mas variados y mudables. Pero estas últimas causas que no pueden mirarse como ajenas de él mas que por abstraccion, supuesto que la sociedad existe en todas partes, y que las tribus salvages no se diferencian de las naciones cultas mas que por la mayor ó menor imperfeccion de su estado social; estas causas, repito, ocasionan notables mudanzas en las disposiciones físicas del hombre: las cuales le hacen tambien mas capaz de todas las impresiones enfermizas.

Digámoslo otra vez, el sufrir y morir son una necesaria consecuencia de nuestra condicion. Pero lo que es una consecuencia no ménos inevitable de la primera propension nuestra, es el deseo de prolongar la vida y huir del dolor. La naturaleza misma

nos enseña á mudar de una situacion penosa, á llevar la mano hácia las partes doloridas; á aflojar su tejido con la aplicacion de un calor suave y húmedo; ella nos indica el reposo, silencio, obscuridad, y retiro del ruido, luego que la calentura exalta ó turba el ejercicio de nuestros órganos. Varios apetitos singulares, y de los que es imposible dar razon, nos hacen descubrir con frecuencia los medios necesarios para nuestro restablecimiento. En una palabra, convirtiéndose todas nuestras necesidades en dolores cuando no son satisfechas, y esplicándose del modo mas claro sobre este particular la naturaleza, podemos dar, con un antiguo, el nombre de remedio á cuanto satisface una necesidad, y el de primer médico al instinto ó causa de los impulsos automáticos.

Algunos filósofos miráron las leyes del instinto como dimanadas de ciertos raciocinios particulares, imperceptibles, á causa de que son mas rápidos; y pretendiéron reducir estas leyes á los mismos principios que las de nuestros juicios ordinarios. Pero no puede negarse que una oculta guia di-

rige á los animales y los instruye, anteriormente á todo ensayo, sobre la eleccion de los alimentos que les son propios, y aun sobre la de los remedios que muchas de sus enfermedades pueden exigir.

Cuanto animal acaba de nacer, chupa la teta de su nodriza, sin que nadie le haya enseñado como debe conducirse en ello. El cabrito que Galeno sacó vivo del vientre de su madre, escogió, segun nos asegura este médico, el citiso entre muchas yerbas que le fuéron presentadas. Vemos diariamente que los perros y gatos promueven en sí mismos el vómito ó saludables cursos con los retoños frescos de la grama. Los perros lamen sus llagas y las de sus hijos; por cuyo medio las curan prontísimamente. Las cigüeñas se echan ayudas, dicen, á sí mismas. No citando mas que notorios hechos, seria fácil apoyar con muchas pruebas aquella idea sostenida por los mayores fisiologistas: « Que la naturaleza misma (1) toma el buen camino, y que,

(1) La naturaleza es la fuerza que produce los movi-

sin haber sido instruida, sabe hacer lo que conviene. » *Natura sibi ipsi invenit vias, et inerudita existens, quæ expediunt perficit* (1). Pero es menester confesar que es harto limitada la medicina del instinto en el hombre social, aunque ella, en un estado mas simple de causas, ha podido ser mas fecunda en recursos, y especialmente mas segura en el uso de sus medios, aunque sobre todo les basta ella á los animales que no viven bajo nuestra dominacion. Debemos ciertamente guardarnos muy bien de perderla de vista en la práctica de nuestro arte; ella le dirigió con frecuencia, y puede dirigirle todos los dias todavía; pero falta mucho para que ella le sumistre tantas luces como ciertos escritores ilusos se complacen en afirmarlo.

El instinto guia con mucha mayor seguridad á los otros animales. Como él no se extravía nunca en estos con aquella multi-

mientos propios de cada cuerpo, ó si se quiere, el conjunto de las leyes que le rigen: en este último sentido la llama Van-Helmont *el orden de Dios*.

(1) Hipócrates.

tud de ideas, preocupaciones ó pasiones que le desfiguran absolutamente en la especie humana; como por otro lado son muy simples y uniformes los casos sobre los que él debe pronunciar, ninguna causa extraña le impide el velar con acierto sobre la conservacion del individuo, y trabajar siempre con eficacia en la cura de sus enfermedades.

Cabalmente, á causa de que la naturaleza colocó al hombre sobre los demas animales, le habla esta oculta voz mas débil y obscuramente: y el instinto se deja entender tanto ménos, cuanto mas adelante se lleva el progreso de las facultades intelectuales. A proporcion que la razon se perfecciona, esta guia, que ella no puede substituir siempre, pierde algo de su rectitud, y se halla por último reducida casi enteramente á la inaccion. ¿Fuéron mejor tratados los animales en esto que nosotros; y hacemos diariamente nuevas pérdidas á proporcion que nos vemos mas y mas obligados á substituir aquellos apetitos naturales que nos dirigian en el estado mas próxi-

mo al suyo, con la reflexion, los cálculos, ó la lenta esperiencia cuyos ensayos no están siempre exentos de inconvenientes, y cuyas consecuencias son comunmente dudosas ó difíciles de deducir? El aclarar esto no importa de modo ninguno; porque no está en nuestra mano el cesar de ser hombres; y que en el hecho, la indefinida perfectibilidad de nuestra especie abre á la razon un inmenso campo de gozos y felicidad.

Dejaré pues á un lado todas las declamaciones en favor de lo que llaman el estado de naturaleza, de que no existe ejemplo ninguno quizas, y sobre el que los escritores que mas le mientan, no diéron nunca sino ideas sumamente vagas. Ignoro qué virtud tendrian en semejante estado las solas sugerencias del instinto para la curacion de las enfermedades; y esta investigacion es agena de mi materia. Así pues, desterrando de aquí toda hipótesis sobre cualquiera otro estado posible de la raza humana, tomo al hombre cual él es en la sociedad, con todas las facultades que ella desencier-

ra, con los medios que la misma perfecciona; partiendo de estos positivos datos, me propongo examinar si por medio de la observacion, y de los simples racionios que de ella se deducen inmediatamente, podemos dar una sólida basa á las máximas de la medicina; ó si es verdad que sean realmente fundados los cargos de incertidumbre que muchos filósofos hicieron á este arte. La cuestion me parece tan interesante para los individuos que de continuo pueden necesitar de sus socorros, como para los gobiernos que por obligacion deben velar sobre la seguridad pública.



§ I.

Objeciones contra la certeza de la medicina.

Las razones alegadas por los detractores de la medicina son en pocas palabras las siguientes:

1º Se ocultan de nuestras miradas los secretos móviles de la vida: y no tenemos

idea cabal ninguna de la causa que nos anima, ni de los medios con que ella ejerce su accion.

2º Nos son absolutamente desconocidas la naturaleza y primeras causas de las enfermedades.

3º Las enfermedades son tan variadas, y tan capaces de complicaciones, que de la mas escrupulosa observacion suya no puede deducirse ninguna regla fija que sirva para darlas á reconocer siempre; ellas admiten tantas modificaciones á causa de la edad, sexo, temperamento, clima, estacion, estado del aire, régimen que el doliente siguió, profesion que él ejerce, enfermedades á que estuvo sujeto anteriormente, últimamente de sus habituales pasiones, y del estado presente de su alma, que en medio de tantas causas diversas, es imposible discernir lo que pertenece á cada una de ellas; dar á los fenómenos su justo valor y lugar natural; formarse el competente plan curativo; en una palabra, deducir consecuencias dignas, por su certeza, de la importancia del arte.

4º La naturaleza de las substancias que se emplean como remedios, es un misterio para nosotros: su modo de obrar en nuestros cuerpos nos es mas desconocido todavía, y carecemos verisímilmente de todo medio para llegar á este conocimiento.

5º Las esperiencias médicas son mas dificultosas todavía que la observacion de las enfermedades, mas dudosas que los axiomas diagnósticos y pronósticos que ella suministra. El efecto de un remedio puede determinarse por una multitud de causas que se le ocultan al médico. El trabajo sordo, pero constante de aquella fuerza médica que se dirige siempre á restablecer el orden en los seres animados; aun el curso de la enfermedad, sobre que es posible haberse formado un concepto falso; las mutaciones sobrevénidas en la situacion física ó moral del paciente, ó en las circunstancias esternas que pueden obrar en él; todo ello es indubitavelmente muy capaz de ofuscar frecuentemente al ánimo mas severo, y hacerle atribuir á sus combinaciones unos triunfos que les son agenos absolutamente;

lo que es evidentemente una inagotable fuente de errores tanto para el artista como para el arte mismo.

Síguese la cura á la aplicacion del remedio; luego este ha producido aquella primera : *Post hoc, ergo propter hoc*. Este es, no puede negarse, un malísimo raciocinio. Sin embargo con arreglo á esta infiel autoridad, se compusieron todas las materias médicas, y se redujo á sistema el modo de emplear los diferentes remedios. No hay seguramente cosa ninguna que requiera mas luces, sagacidad, y circunspeccion, que el descubrimiento de las verdades de esta especie; nada es mas fácil que el estraviarse en su indagacion, aun siguiendo las buenas sendas; ni nada mas dudoso que las pruebas en que se apoya el que piensa haber logrado resultados ciertos. Y realmente, si es casi imposible el comprobar que un enfermo tiene una cierta enfermedad determinada, lo es mas todavía el asegurarse de que un cierto remedio producirá un cierto efecto, ó aun que le ha producido.

6º Si la medicina tuviera sólidos fundamentos, seria la misma su teoría en todos los tiempos; su práctica con especialidad no se mudaria de uno á otro siglo: los médicos antiguos y modernos, los de todos los paises, los de todas las escuelas, estarían acordes, sobre los puntos importantes á lo ménos. Pero recórrase la historia de sus opiniones: ¡qué diversidad en las consideraciones! qué oposicion en los planes curativos!

Heródico destruye el edificio elevado por sus predecesores. Hipócrates hace lo mismo en gran parte con el de Heródico. Las dos escuelas de Cnido y Cos están continuamente batallando. Los dogmáticos quieren encaminarse hácia la verdad por medio de hipótesis y de una serie de raciocinios. Los empíricos quieren desterrar casi de su práctica el raciocinio, y reducirla á la mera y simple observacion de los hechos.

Asclepiades inventa una nueva medicina, fundada sobre la filosofía corpuscular. En su sistema, la relacion, mas ó ménos precisa, de los cuerpos y poros por los que

ellos deben pasar, constituye la salud, ó la enfermedad. Mira con desden y menosprecio todas las tareas de los padres de la ciencia.

Themison la reduce á nada casi. Distribuye todas las enfermedades en tres clases: el estado de compresion, el de relajacion, y el mixto, que, segun su modo de considerar, participa de los dos primeros. No admite por consiguiente mas que tres indicaciones, que corresponden á estos tres estados, y á las que atribuye cuantos efectos pueden producirse por los remedios.

Los pneumáticos, segun un avance de Hipócrates, ó de sus primeros discípulos, dan la incumbencia de la vida al aire errante en nuestros vasos: y todas las alteraciones de la salud dependen del desorden de sus movimientos.

Galeno resucita la medicina hipocrática. Las crisis, la virtud de la naturaleza, las combinaciones de los elementos, lo seco, lo húmedo, lo caliente y frio, vuelven á presentarse en el teatro. Para comunicar mas lucimiento al sistema de los tempera-

mentos completa Galeno la doctrina de los humores, bosquejada por Hipócrates. Pero ¿no es evidente que la hace mas defectuosa y dudosa, al querer darle mayor latitud?

Los Arabes se alimentan con delirios filosóficos: y trasladan á la medicina las abstracciones y fórmulas de Aristóteles. En sus manos, se vuelve ella peripatética, como en las de Asclepiades habia sido epicurea; como fué despues, alternativamente, cartesiana, leibniana, newtoniana, etc.

Los alquimistas, y mas particularmente Paracelso, pretenden someter la economía animal á sus nuevas fantasías. Queman los libros de los antiguos; y piensan aniquilar con ellos todas las leyes conocidas de la naturaleza. La lenta observacion de esta no concuerda con la fogosidad de su espíritu; les desagradan las operaciones espontáneas de la misma: quieren aumentar sus movimientos, moderarlos, dirigirlos, y mudarlos á discrecion. Buscan un remedio que satisfaga á todas las indicaciones; y creen hallar en sus redomas el arte de

prolongar la vida. Sus sales, azufres, mercurio, y tierra substituyen los humores de Galeno y los elementos de Hipócrates. Ultimamente estos audaces reformadores no dejan subsistir casi nada de los preceptos de los Griegos, ni de los dogmas escolásticos de los Arabes.

Van-Helmont toma parte en las mas de las extravagancias de ellos. Pero estiende, desfigura, ó perfecciona, si se quiere, muchos puntos de la doctrina alquímica. A pesar de las injurias que él no cesa de vomitar contra las escuelas, y de la especie de furor con que habla de los antiguos, toma en Hipócrates sus ideas del principio viviente. Lo que el médico de Cos llamaba *naturaleza*, lo llama él *archeo*: y se imagina merecer, con una voz nueva, el nombre de inventor del arte. Creyendo ver que cada órgano tiene su modo de movimiento, su acción propia, otra secundaria mas ó ménos notable en las partes inmediatas, y algunas simpatías mas ó ménos estensas con las partes distantes; supone en su consecuencia, que es un ser á

parte, y que goza de una vida particular, que el cuerpo es una especie de sociedad, formada de todos estos órganos reunidos, y la vida humana el resultado de todas estas vidas combinadas en sistema. Finalmente, establece diversos centros de sensibilidad, y suministra, sino el primer avance, á lo ménos las primeras ideas algo precisas de las fuerzas frénicas y de la influencia del estómago, cuyo superior orificio sirve de trono á su archeo.

Los químicos ménos desrazonables consideran el cuerpo humano como un laboratorio: sus órganos son alambiques, cucúrbitas, retortas, y redomas. Estos nuevos Prometeos piensan haber arrebatado el fuego celeste, y poder avivarle ó aflojarle á su voluntad, como el de sus hornillas. No hablan mas que de precipitaciones, fermentaciones, cohobaciones. El ácido lucha contra el alkali, y este contra aquel. De la efervescencia que estos dos adversarios producen uniéndose, resulta el calor animal, la vida. Los remedios obran por me-

dio de sus propiedades químicas, y por el de los humores que ellos encuentran; de lo que se sigue que, con arreglo á las experiencias hechas en algunos vasos muertos, podemos juzgar, de lo que pasará en los vasos vivos.

Si se da crédito á los médicos geómetras, pueden esplicarse con cálculos algébricos todos los movimientos del cuerpo, todas las determinaciones vitales, y todas las funciones. Los ángulos mas ó ménos agudos de los vasos, sus diámetros, sus ejes; las líneas rectas ó curvas; la razon compuesta de la accion de los sólidos, del impulso de los líquidos, de su recíproca resistencia: esto es lo que es menester apreciar para formarse una cabal idea de la vida, para concebir bien el modo con que ella se ejerce, se mantiene, se repara, y cesa por último, como se detiene una bola, cuando el movimiento que se le comunicó se halla destruido de resultas de las frotaciones.

Si creemos á los físicos, la atraccion, cohesion, elasticidad, fuerzas, contrafuer-

zas, y todas las leyes de las masas inorgánicas deben suministrarnos la solucion de este gran problema.

Entre los mecánicos, no se trata unas veces mas que de poleas, palancas, puntos de apoyo; y otras mas que de cañutos, sopapos, y émbolos. Cree uno estar en un obrador de relojería ó hidráulica: mientras que los antiguos le transportan realmente al de la naturaleza, comparándola con aquella fragua de Vulcano, en que los fuelles, martillos y las obras del artífice, todo ello era animado; y en que se veian diversos trípodes que iban por sí mismos á los banquetes y consejos de los dioses (1).

Hoffmann, en su sistema del sólido viviente, se aproxima algo á los médicos hipocratistas, pero recurre todavía al auxilio de infinitas ideas mecánicas.

Staalh acuerda inteligencia, deliberacion, y eleccion á la causa de los movimientos vitales. Con lo cual distingue su teoría de todas las otras.

(1) Esta comparacion es de Galeno.

Los animistas, discípulos de él, deducen de esto unas consecuencias prácticas mas rigurosas, mas estensas, y por esto mismo mas arriesgadas.

Boerhaave, dotado de un ingenio vasto, metódico y luminoso, talento al nivel de todos los conocimientos de su edad, y muy versado en la lectura de los antiguos, quiere utilizarse de todas las ideas, conciliar todos los sistemas, y refundir en un cuerpo de doctrina todos los dogmas dispersos, y contradictorios á menudo. Química, física, geometría, mecánica, todo, en su dictámen, puede ser provechoso para la medicina. Haciendo sin embargo justicia á la magestad y correccion de sus pinturas diversos hombres llenos de ingenio y juicio, impugnáron las consecuencias prácticas de las teorías que él presenta allí: y pensáron que el verdadero medio de empobrecer el arte consistia en embarazarle con tantas riquezas ajenas, y establecer entre él y las otras ciencias aquella infinidad de relaciones frívolas ó totalmente falsas.

Los semianimistas modifican las opinio-

nes de Staalh, y las reducen á las de Hipócrates.

La escuela de Montpellier las espone bajo un nuevo aspecto; y esplana las leyes de la sensibilidad.

Finalmente los nuevos solidistas de Edimburgo rejuvenecen el sistema de Hoffmann, á que añaden algunas ideas de Baglivi, y sin despreciar totalmente las relativas al principio sensitivo, desfiguran sus consecuencias con ciertas opiniones enteramente hipotéticas, ó las cercenan con una práctica descarnada y limitada.

Esta pintura de las revoluciones que las teorías generales de medicina esperiméntáron, aunque muy incompleta sin duda, basta para hacer ver cuan poco acomodados son los libros que establecen ó impugnan semejantes teorías para disipar las dudas sobre la certeza del arte mismo, á que ellas sirven de basa: y lo que hay de bien palpable en su lectura es el tono decisivo y resuelto juntamente que toman tantos escritores, incesantemente opuestos entre sí.

Pero ¿no podemos decir otro tanto de

los autores de práctica? Lo que el uno aconseja, condénalo el otro; y lo que este sostiene haber observado, lo niega aquel. Los hechos mas simples, los axiomas cuya rectitud ó error parecen mas fáciles de comprobar, quedan inciertos para todo lector juicioso.

Si dejando ahora los libros, seguimos á los prácticos al lecho de los enfermos, volveremos á hallar las mismas contiendas, las mismas contradicciones; por consiguiente no hará nuestra incertidumbre mas que tomar un nuevo incremento; de manera que cada uno, para saber á que atenerse, se halla reducido á su propia esperiencia; y fuera de los médicos que practican, parece que todas las gentes deben ceñirse á lo ménos á un absoluto pirronismo, con respecto á la accion de la medicina.

7º Pero aun cuando las fuerzas vivientes, la naturaleza de las enfermedades, sus causas y las circunstancias que pueden modificarlas en su curso, nos fueran mejor conocidas; aun cuando fuera posible dar á las máximas del arte mas certeza; á la

pintura de todos los casos, rasgos mas distintos y patentes; aun cuando pudieran determinarse con precision los efectos de cuantas substancias se emplean como remedios, y que debemos mirar como especies de venenos, supuesto que no obran mas que trastrocando el órden de los movimientos naturales; aun cuando todos los escritores de teórica y práctica fueran acordes entre sí, y no se diferenciarian mas que sobre puntos de poca importancia; aun cuando la práctica no suscitara diariamente una multitud de indecentes controversias; aun cuando últimamente fuera verdad que existe una medicina, y que ella tiene los mismos fundamentos que todas las otras ciencias: su ejercicio exigiria todavía tantos conocimientos diversos, tanta sagacidad, tanta atencion, tantas mayores prendas morales reunidas, que ella no cuadraria mas que con la capacidad de poquísimos hombres, y que, por esto mismo, deberia ser mirada como no existente, ó por mejor decir como un arma peligrosa

puesta en las manos de la ignorancia ó charlatanería.

§ II.

Consideraciones sobre los primeros descubrimientos de la medicina, y sobre el curso del espíritu humano en la deducción de las reglas que resultan de ellos.

Al resumir estas objeciones, creo haberlas presentado con toda su fuerza. Pero antes de dar principio al atento exámen que ellas requieren, paréceme que se aclararía la cuestion algo, presentando una rápida pintura de las primitivas tareas de la medicina. Las tentativas de sus inventores y los métodos que ellos siguiéron, nos harían juzgar de antemano sobre el género de confianza que debemos á sus descubrimientos: y recíprocamente, la calidad de estos últimos nos habilitaría mas para apreciar

los métodos y tentativas cuyo fruto fuéron ellos.

Hemos dicho que los seres vivientes están sujetos al dolor, así como están condenados á la muerte, por una necesaria consecuencia de su naturaleza, y por un efecto de las causas á cuya acción no está siempre en su mano poner impedimento. El niño mismo ántes de su nacimiento, y sobre todo al tiempo de venir al mundo, es una ocasion de enfermedades, ó de crueles dolores para la madre que le lleva en sus entrañas. Hasta que sus órganos recién formados han adquirido toda su consistencia, está espuesto á todos los agentes exteriores. Su estado físico puede modificarse singularmente por las mas ligeras causas. Cuanta mayor movilidad en el género nervioso, y cuanta mayor blandura en los sólidos, tanto menor vigor y constancia en la acción con que se animalizan las sustancias nutritivas: finalmente mil circunstancias particulares, muy largas de individualizar, le sujetan á aquella multitud de males que hacen tan peligrosa la época de

la infancia, no ménos en todos los climas que en todas las naciones. No se efectúa su progreso natural, ni experimenta él las diversas revoluciones de las edades sin tormentas y peligros. Es hombre, y crece; es hombre, y adquiere nuevas facultades: lo cual basta para introducir el desórden en aquella máquina tanto mas irritable, cuanto ménos firmes son sus movimientos tónicos, y para destruir allí á veces su principio con las crisis mismas que deben acabar su progreso.

Los antiguos habian observado que á los siete, catorce, veinte y uno, treinta y cinco, ocurren diversas mudanzas singulares en la economía animal; que los hombres se curan á menudo entónces de enfermedades á que estuviéron sujetos hasta allí, que contraen otras enteramente nuevas, ó que á lo ménos se vuelven capaces de contraerlas. Estas épocas son, en su dictámen, unos tiempos de combate, en que la naturaleza borra, por decirlo así, las primeras impresiones, y las substituye con otras, hechas necesarias para el complemento de

sus ulteriores miras: y este combate no puede verificarse sin que el cuerpo experimente vivas conmociones, sin que todas las funciones reciban, instantáneamente á lo ménos, señaladas alteraciones.

Las mudanzas observadas por los antiguos se hacen segun el órden que sus escritos nos indican, y siguen su grande revolucion de las edades: la cosa es incontrovertible; y la esperiencia cotidiana lo confirma. Estas mudanzas van acompañadas casi siempre de una especie de calentura. Llegan con frecuencia á continuacion de grandes enfermedades agudas; á veces las engendran ó determinan: porque muchas enfermedades de estas deben mirarse como la crisis de la época que ellas finalizan, y como dependientes de las mismas leyes que hacen pasar el cuerpo por todos los grados de crecimiento, y que le impelen invenciblemente hácia el último periodo de la madurez.

Pero hay épocas determinadas para las diferentes revoluciones del ser que toma progreso, y las hay tambien para las revo-

luciones inversas del que va declinando : y estos tiempos climatéricos, que llegan á ocasionar otras modificaciones en la calidad ú orden de los movimientos vitales debilitados, son igualmente notables por las enfermedades á que ellos dan origen, ó que los preparan. ¿No puede considerarse la vejez misma como una enfermedad de una duracion incierta, cuyo término es infausto siempre, pero cuyo curso está igualmente arreglado por la naturaleza?

En las mugeres, la primera erupcion de las reglas se anuncia comunmente con grandes desórdenes; su vuelta periódica produce todos los meses algunas incomodidades; y el tiempo de su total cesacion, que se llama *crítico*, es efectivamente tan peligroso, que él se lleva por medio de agudos accidentes, ó condena á dilatadas penas, quizas á mas de la cuarta parte de las mugeres llegadas á esta edad (1). Ulti-

(1) Los Griegos decian en su lengua pintoresca : que las habian herido las saetas de Diana, cuyo astro (es decir la luna) presidia en las evacuaciones menstrua-

mamente si cuantas tienen hijos se espone-
nen á dolorosos y graves males, las que carecen de ellos quedan castigadas con otros mas terribles todavía, por haber despreciado la inclinacion á que parece que la naturaleza ha dado mas valor.

Así, sin contar los errores de régimen que son frecuentemente inevitables, las intemperies de las estaciones contra las que no nos es siempre posible guarecernos, las influencias epidémicas de la atmósfera que parecen burlarse de todas nuestras precauciones; sin contar los desórdenes que las pasiones promueven en el cuerpo viviente, sea directamente, con el estrecho enlace que existe entre los impulsos físicos y las determinaciones morales, sea indirectamente, con la perturbacion que estas mismas pasiones introducen en todas las particularidades de nuestra conducta, sin contar finalmente las substancias venenosas, y ciertos contagios que parecen obrar

les. En cuyo sentido dice Andrómaca de su madre :

Πατρὸς δ' ἐν μεγάροισι βάλ' Ἀρτεμις ἰοχέαιρα.

HOMERO, Iliad. ζ.

del mismo modo que ellas : la enfermedad y el dolor están íntimamente ligadas con las funciones mismas de la vida.

He dicho que el deseo de prolongar esta vida tan pasagera, de calmar el dolor que la hace tan penosa, de curar las enfermedades que la amenazan, era tan natural al hombre como las mas imperiosas necesidades; y que un instinto, irresistible á menudo, le movia á buscar las situaciones mas favorables para su cura y aun á veces le sugeria el deseo de lo que podia servirle de remedio. Este deseo es el motivo de las observaciones médicas; y este instinto suministró la materia de las primeras observaciones que se hicieron.

En un ataque de asma, se incorpora el paciente, manda que se abran todas las ventanas, y va en busca del aire descubierto. En un constipado, se vuelve mas friolento, arrópase mas, se encierra en su habitacion, apetece bebidas calientes, come poco á causa de que tiene menores ganas. En una enfermedad inflamatoria, pide con ahinco bebidas diluentes, aire

fresco, y poco abrigo. Si le ha asaltado una calentura pútrida, se niega á toda especie de alimento animal : le irrita el olor de las carnes, cuya sola memoria le revuelve el estómago. Pero ¡con qué ansia recibe las frutas acídulas y frescas, las bebidas agrillas, el vino mas particularmente, que á la propiedad de corregir las degeneraciones putrefactivas reúne la de reanimar las fuerzas desfallecidas! En todas las fiebres de alguna gravedad, busca el doliente naturalmente la posicion del cuerpo, en que espendiendo ménos fuerzas los músculos, las dejan mayores á la naturaleza para la obra de la accion. En una palabra, en los hombres cuyas propensiones no se han alterado mucho con la vida civil, y cuyo instinto no se estravía por la imaginacion, habla este último con frecuencia de un modo harto claro. Precedió él á la medicina, á la que, como se ha visto, mostró el camino; puede suplirla, é iluminarla todavía; y sus indicaciones no han de despreciarse jamas.

Tambien hemos dicho que cuanto mas

progreso toma la razon, tanto mas parece que el instinto pierde de su sagacidad. En las enfermedades complicadas del hombre social, seria el instinto la guia mas insuficiente, y aun la mas infiel. Pero aunque él no puede suministrar ahora á nuestro arte consideraciones bien estensas, ni recursos mayores, se le debió certísimamente á él en el origen el conocimiento de los primeros y mas simples de todos los remedios.

Prescindiendo de este medio general por el que la fuerza vital vela en la conservacion de los seres animados, se engendran ademas en ellos otros movimientos de que no tienen ciencia cierta, pero cuyo efecto se dirige igualmente á restablecer el orden, ya evacuando las materias morbíficas, ya dándoles otra vez la calidad de los humores animales sanos, ya finalmente quizas mudando de un modo indeterminado el estado vicioso de los mas íntimos órganos. La observacion de estos movimientos conservadores es la fuente mas fecunda y pura de las pinturas de enfermedades, y de los ensayos curativos. En ella bebió el nuevo

arte sus primeras riquezas; y despues de tantos siglos y tareas, bebe el mismo allí todavía sus nociones mas exactas y sus consideraciones mas seguras.

Es cosa natural el pensar que en el principio se refiriéron á los apetitos de los enfermos, y que se contentáron con notar el acierto de esta conducta. Se observó por ejemplo, como se ha visto mas arriba, que todo hombre cuyo estado se alejaba mucho del de la salud, apetecia constantemente una situacion horizontal, bebidas diluentes, la obscuridad y silencio; que los que podian proporcionarse estas comodidades y socorros se curaban mas pronto, miéntras que los que no lo podian, sea á causa de su escaso caudal, sea en virtud de otras circunstancias particulares, estaban enfermos por mas tiempo, iban tirando con desfallecimientos, y á veces perecian á continuacion de lentos dolores. De todos los cuales hechos reunidos, observados constantemente, se dedujéron muchas consecuencias prácticas muy simples, pero muy fecundas en su aplicacion; y confirmán-

dolas, rectificándolas, ó limitándolas las ulteriores esperiencias, las transformáron brevemente en axiomas: Este es el primer paso.

Observóse mas especialmente que la naturaleza curaba por lo comun estimulando alguna evacuacion saludable; que semejante evacuacion se anunciaba por un desórden mayor; y que siempre que ella no era necesaria para restablecer el órden, la accion de los órganos, aumentada considerablemente entónces, efectuaba en el cuerpo singulares mudanzas, que restituian á los humores, como acabo de decirlo, su calidad propia y todo su vigor. Este es el segundo paso, que es de suma importancia.

Los enfermos no volvian todos á su estado natural por el mismo camino. Los unos experimentaban vómitos, cámaras, ó flujos de orina; otros arrojaban por las narices ó boca materias mucosas y puriformes; y muchos experimentaban copiosos sudores, ó evacuaciones sanguíneas por las narices y demas emuntorios.

Pero la terminacion de las enfermedades no era siempre tan favorable; no era la naturaleza siempre bastante fuerte para triunfar del mal, espeler del cuerpo su causa, ó dejarla sin efecto, despojándola de sus propiedades nocivas. No hacia ella entónces mas que débiles tentativas; ó si promovia algunos movimientos separados mas enérgicos, echábase de ver al punto que ellos se dirigian de muy diferente modo que en el primer caso; y llamando la muerte, que llegaba á terminar aquella ineficaz lucha, la atencion hácia los fenómenos que la habian precedido, quedaba grabada indeleblemente su pintura en la memoria. Cuando volvía á hallarse este mismo conjunto de síntomas en otro doliente, se sabia pues que era menester contar poco con la naturaleza, y que los fundados recursos del arte eran la única esperanza que pudiera concebirse razonablemente.

No se asemejan las enfermedades en los deseos que ellas infunden en el paciente, en las crisis á que dan origen, en su éxito, ni duracion. Ellas no son todas unas mis-

mas; y sin embargo parece que muchas tienen la misma índole, presentan los mismos fenómenos, y siguen el mismo curso. La naturaleza las cura de un modo uniforme; ó cuando ella queda rendida, es por la violencia de accidentes semejantes con escasa diferencia. Así, por una parte, no podemos considerar todas las enfermedades como un solo y mismo hecho, mientras que, por otra, no es absolutamente necesario el formar de ellas otros tantos entes individuales, ó á lo ménos es posible clasificarlas, para el socorro de la memoria, como se clasifican los animales, plantas, y fosiles. Porque aunque es verdad que estas clasificaciones se hicieron grandes causas de errores, el ánimo necesita de una cadena que ligue sus conocimientos, y, con tal que al formarla no sigamos espíritu ninguno de sistema; con tal que ella se limite á representar ciertas conformidades palpables de los fenómenos entre sí; con tal que finalmente no se saquen de ello consecuencias mas estensas que estas conformidades, puede ser tan provechosa siempre y sin

inconvenientes como parece necesaria.

La duracion de las enfermedades sugirió quizas la primera distincion de ellas. Las unas tienen un curso rápido, y las otras son tardías en sus efectos. Estas se llamáron enfermedades *crónicas*, y aquellas enfermedades *agudas*: dos denominaciones muy bien hechas, y que llevan impreso todavía el sello de la lengua animada de los Griegos, de quienes las hemos tomado.

Se formáron otras distinciones ó clasificaciones, con arreglo á las diferencias observadas en los fenómenos, en las crisis, en la terminacion de las enfermedades, últimamente con arreglo á quanto estas postreras presentaban de semejante ó diferente. Cuyas clasificaciones tenían tambien su fundamento en la naturaleza: y eran quizas mas necesarias todavía al arte de curar, que no es digno realmente de este nombre, mas que cuando sabe formar planes combinados y completos de curacion.

Las que se deducen del temperamento del enfermo, de su régimen, hábitos, en una palabra de quanto, precediendo á la

enfermedad, puede colocarse en el número de sus causas; estas distinciones, repito, se hicieron mucho mas tarde; y cuando se estuvo en disposicion de reducirlas á sistema, habia hecho ya la observacion considerables progresos: se habia perfeccionado el modo de representar pinturas, debia ser conocido el uso de los primeros remedios; la medicina en una palabra no estaba ya en la infancia.

Miéntras que los observadores acechaban los pasos de la naturaleza; miéntras que los describian, los generalizaban, y deducian de ellos las consecuencias mas acomodadas á sus alcances, no es menester creer que su juicio permaneciese meramente pasivo; ni que pudiesen reducirse al papel de simples espectadores. Las sugeriones del instinto les habian indicado la abstinencia de los alimentos; ellas habian enseñado á servirse de bebidas ya calientes, tibias ó frias; ya acuosas, calman-tes, diluentes; ya ácidas, aromáticas, espirituosas. Es verdad que en los principios no habian usado de combinacion ni desig-

nio para administrarlas; pero habian notado los buenos efectos de estos medios simples; y cuando no cuidaba de darse á entender la voz de la naturaleza, la analogía de los casos debió inducirlos á tentar los mismos socorros. No puede negarse que se guiáron al principio en esto por simples probabilidades, en cuyo lugar no tenían cosa ninguna mejor que poner. La esperiencia llegaba bien pronto en convertir estas probabilidades en certezas prácticas (1); ó si ellos se habian dejado engañar de semejanzas falsas, la necesidad de subir hasta la raiz de sus errores, y de aprender á apreciar mejor en adelante aquellos equívocos signos, los volvia á traer hácia exámenes mas atentos, aguzaba con estas faltas mismas la sagacidad de sus ojeadas, y perfeccionaba la finura de su tacto.

Así es como la observacion de los efectos producidos por los remedios iluminó la de las enfermedades, hizo mas correcta y

(1) Se verá mas abajo lo que entiendo por *certezas prácticas*, y como las distingo de las abstractas y rigurosas del raciocinio.

concisa su historia, limitó las conclusiones muy generales que á menudo se habian deducido con apresuramiento de ellas; como la observacion de las enfermedades, por su parte, despues de haber sugerido el uso de los primeros remedios, enseñó á estenderle con la analogía, y confirmándole ó rectificándole con nuevas pruebas, se esforzó á sujetarle á reglas ciertas.

Lo que sobre este objeto debió suministrar las mas puntuales nociones y las mas acertadas combinaciones, fué el modo con que se veia que las fuerzas médicas de la naturaleza dirigian las crisis y producian las evacuaciones, ó los movimientos que pueden suplirlas. Se habia reparado, por ejemplo, que un dolor de costado vivo y punzante, acompañado de calor, de respiracion dificultosa, de tos, y sangrientos esputos, se calmaba cuando la espectoracion tomaba con tiempo un aspecto puriforme: que haciéndose esta evacuacion sin desorden, obraba una segura y pronta cura; que su supresion, por el contrario, podia cau-

sar la muerte, ó su interrupcion acarrear todos los accidentes. Se habia visto que todas las crisis se hacen por medio de un incremento de accion en el ejercicio mismo de la vida; que volviéndose mas débil semejante accion, las retarda ó impide totalmente: pero que su muy grande vigor no tiene efectos ménos funestos; que por esto los movimientos vitales deben contenerse dentro de unos justos límites, ó reducirse á un cierto grado medio, cuya imágen clara y precisa no podemos formarnos, mas que aprendiéndolo únicamente del aspecto de los enfermos para todos los casos y circunstancias.

Se habia visto que cada enfermedad tiene su crisis propia, de que la naturaleza gusta de servirse entónces con preferencia; pero que sin embargo algunas veces, á causa de los obstáculos que se encuentran en el estado de los órganos, ó por miras particulares, de que no le es posible al médico hacerse cargo, toma ella otras sendas, y consigue el mismo fin por unos medios que le son poco familiares: de modo, porejem-

plo, que veian curada la pleuresía, de que acabo de hablar, no solamente con sudores ó copiosas orinas, que harto á menudo hacen las veces de la espectoracion, sino tambien con cámaras biliosas, especie de crisis agena casi enteramente de las enfermedades esenciales del pecho. Habian visto por último que se equivoca la naturaleza en su objeto á veces; que parece que ella misma, por una especie de delirio, se precipita en el peligro, ó le inventa, haciendo funestas tentativas, dirigiendo sus esfuerzos de un modo inconsiderado, promoviendo las evacuaciones hasta el último término de la estenuacion.

Por otra parte, los apetitos naturales, la analogía, la casualidad y algunas acertadas conjeturas, habian dado á conocer que ciertas substancias, aplicadas al cuerpo humano, podian producir las mismas evacuaciones, determinar los mismos movimientos (1), á que se deben comunmente

(1) El hombre, á causa de la esquisita sensibilidad de sus órganos, es, entre todos los animales, el mas capaz de modificarse con la accion de los alimentos ó re-

las curas espontáneas. De estas substancias, las unas hacian vomitar, purgaban, promovian los sudores, ó el flujo de orina; las otras excitaban las fuerzas desfallecidas, moderaban su vivísima accion, ó las mantenian en una especie de mediocridad; y algunas suspendian los vómitos, las diarreas, los sudores, y parecian obrar, unas veces comprimiendo los emuntorios, otras disminuyendo su sensibilidad, causando en todos los órganos una calma desconocida, participada por el alma misma, y precursora de un sueño dulce (1).

medios. Bacon repara que esto es la prueba del imperio de la medicina, y juntamente la raiz de sus frecuentes errores.

« Subjectum istud medicinæ (corpus nimirum humanum ex omnibus quæ natura procreavit, maxime est capax remedii; sed vicissim, illud remedium maxime est obnoxium errori. Eadem namque subjecti subtilitas et vanitas, ut magnam medendi facultatem præbet, sic magnam etiam aberrandi occasionem. »

De Augm. Scient., l. IV, c. 11.

(1) La sangría y los baños deben colocarse en el número de los mas importantes remedios. Eran conocidos desde la mas remota antigüedad, como la historia de la

Luego que hubiéron llegado allí, se halló hecho lo mas difícil en orden al cono-

medicina nos lo enseña, y particularmente como podemos juzgarlo por el estenso uso que hacia de ellos Hipócrates. Se aconsejan con frecuencia en sus escritos los baños calientes y frios; y aun refiere los efectos de que les fué deudor en diferentes circunstancias.

Hipócrates mandaba abrir casi todas las venas del cuerpo; aplicaba ventosas escarificadas. Se cortaban y quemaban ya en su tiempo las arterias. Unicamente despues de muchos ensayos tímidos, y de una larga serie de esperiencias, podian alentarse los médicos hasta este grado.

El hombre, en todos los paises, necesita de agua para conservarse limpio; cuya necesidad se deja sentir mas á menudo en los cálidos; y habiendo experimentado una vez el bienestar que la frescura del baño proporciona á unos cuerpos abrasados por el sol, ó llenos de polvo, están naturalmente inclinados á convertirlo en un hábito. Renace pues cada dia la ocasion de notar sus efectos en todos los casos imaginables. Si la estacion se pone mas fria, quiere continuar lavándose uno; pero el agua de la fuente ó del rio produce penosas impresiones entónces. Dase orden para entibiarla; en cuyo estado produce ella otras impresiones que son agradables, aunque de muy diferente especie de las que acompañan á la accion del agua fria. He aquí pues una nueva necesidad, un nuevo hábito, y nuevas esperiencias que hacer.

Se ve que el baño caliente ocasiona algunas alteraciones en el estado del cuerpo; que semejantes alteraciones

cimiento y aplicacion de los medicamentos; lo demas debia ser obra del tiempo,

pueden ser saludables ó perjudiciales, y que entre ellas y las del baño frio hay una esencial diferencia. ¿No hay en esto todavía con que hacer cavilar á los observadores, y sugerir acertadas tentativas para la cura de las enfermedades?

Los antiguos refieren que Medea hizo la primera uso de los baños calientes con esta intencion. Por medio de ellos, hacia mas flexible la piel, y mas ágiles los miembros. Por esto pretendia rejuvenecer ella á los ancianos, y fué acusada de hacerlos hervir en grandes calderas. Por lo demas, desfigurada esta tradicion misma con las fábulas de que la acompañaban, no es quizá mas que otra fábula; lo peor es, que no nos enseña gran cosa, á pesar de los esfuerzos de los intérpretes de la antigüedad para hallar alguna leccion útil en ella.

Los monumentos históricos no nos instruyen mejor sobre el origen de la sangría. Dicen que Podaliro, á la vuelta del sitio de Troya, curó á la hija del rey Dámeto (que habia hecho una caida grave) sangrándola en ámbos brazos. Plinio asegura que el hipopótamo se sangra por sí mismo cuando se ha puesto muy gordo, fro-tándose contra cañas agudas. Pero el hecho es dudoso; y lo que no lo es ménos, es que él haya sugerido, como lo pretende este autor, la idea del mismo remedio para los hombres.

Es verísimil que despues de haber observado que las hemorragías espontaneas son la crisis de muchas dolencias; que la retencion de los menstros en las mugeres, y

de la activa curiosidad, y sobre todo de la necesidad, que obliga á discurrir ince-

del flujo hemorroidal en los hombres, es la causa de una multitud de achaques, y su erupcion regular la señal de la salud; despues de haber visto que las llagas se curan comunmente mas pronto cuando han sangrado por algun tiempo, y que los vasos, especialmente los que no laten, se cicatrizan entónces con la mayor facilidad; es verísimil, repito, que, despues de todas estas observaciones, fué conducido el hombre á tentar por arte lo que la naturaleza ó los accidentes habian producido de sí mismos.

Vióse que habiendo caido de cara varios apopléticos, experimentáron violentas sangrías de narices, ó se abriéron la arteria temporal y sanáron de su enfermedad por el efecto mismo de la caida que ella habia ocasionado. Los primeros escudriñadores de la naturaleza pudieron ser testigos de hechos semejantes. Ahora bien, nada era perdido para ellos en unos tiempos en que la ciencia, miras, y medios eran tan limitados; y en que dirigida toda entera la atencion hácia los hechos, no la distraia de estos ninguna hipótesis teórica.

Galeno refiere una observacion que le hubiera sugerido sin duda la idea de la sangría, si sus grandes efectos y buena administracion no le hubieran sido conocidos ya. Le llamáron para un hombre que se habia hecho una herida en la parte inferior de la pierna. La hemorragia era violenta; duraba hacia ya mucho tiempo; y continuaba con la misma impetuosidad á pesar de todos los estípticos á que se habia recurrido: porque no habiénd-

santemente nuevos medios, y que se acrecienta incesantemente con los que ella

dose cortado mas que á medias la arteria, no podian contraerse ni retirarse en las carnes los dos cabos. Galeno acabó de cortar la arteria, y sanó el paciente. Pero no se curó solamente de su herida, sino que tambien la copiosa cantidad de sangre que él habia perdido, le libertó de una inveterada ciática, contra la que todos los socorros del arte habian salido desgraciados. Añade Galeno que viéndose atacado él mismo de un dolor inflamatorio del hígado, tuvo aviso en sueños para abrirse el vaso que corre entre el pulgar y el índice, lo que él no dejó de ejecutar, y tuvo sumo acierto. Pero creo que se debe contar mas con los hechos que este hombre célebre observaba, ó con las consideraciones que sobre ellos hacia estando despierto, que con las revelaciones que se le hacian durmiendo.

Segun la fábula, enseñó un buitre al pastor Melampo el uso de la herrumbre de hierro contra la impotencia, y la casualidad la del eléboro contra la manía. Los buitres no nos enseñan nada ya. En cuanto á lo que se llama casualidad, es siempre todavía una de nuestras principales fuentes de instruccion. Pero no instruye ella mas que á los observadores; para aprovecharse de lo que ella presenta, es menester mirarlo; y el que busca mas, es tambien el que hace mas descubrimientos.

Los primeros remedios empleados en la práctica fuéron los vomitivos, los purgantes, pero mas particularmente las substancias que reunen estas dos propiedades. Lo cual debia ser así: su accion es la mas simple y evi-

tiene de satisfacerse. El modo con que los hombres habian hecho sus descubrimientos, podia conducirlos á otros muchos; lo veian y conocian ellos. El fin se mostraba de lejos á sus ojos; estaba trillado el camino; y los esperaban de distancia en distancia unas verdades de sumo interes.

Sin estendernos á mayores individualidades, vemos como guiados siempre de la mano los inventores de la medicina por la naturaleza y las circunstancias fuéron conducidos á hacer sus observaciones, ampliarlas por medio de la analogía, rectificarlas con nuevas esperiencias, enlazarlas en un órden metódico, y colocar al lado y con igual órden las consecuencias que de ello se deducian naturalmente. Existia pues el arte, aun en la época en que le dejo: existia no con todos los conocimientos que él puede adquirir, y que no adquirirá nunca quizas, sino con casi cuantos medios pueden conducirle á ellos. Se co-

dente; los movimientos que estos remedios estimulan, son los mas familiares á la naturaleza; y sus beneficios ó inconvenientes son los mas fáciles de comprobar.

nocia el estado sano y el enfermo: se conocian ámbos, no con arreglo á sutiles hipótesis, sino con arreglo á diversas señales patentes y ciertas. Se poseia la ciencia de distinguir las enfermedades, de prever su curso, crisis, y terminaciones; se tenia seguridad del efecto de los principales remedios; se habia sujetado el uso de estos á unas reglas generalmente seguras y constantes; se sabia que ellos debian obrar de un cierto modo en un cierto caso determinado, y de un modo diferente ó contrario en otro caso; se tenia mas especialmente la conviccion de que ellos no pueden producir algunas mudanzas en el cuerpo, mas que por medio de las fuerzas vivientes que le animan; que el arte no obra sobre el cadáver, y que no pueden suspenderse, descomponerse, ni trastrocarse los movimientos impresos por la naturaleza, mas que con la ayuda de ella misma.

En este estado se hallaba con corta diferencia la medicina en tiempo de Hipócrates. Los escritos que llevan el nombre de este hombre extraordinario, nos presentan,

unas veces modelos del arte de observar y describir las enfermedades, otras resultados generales sobre su conocimiento, ó su diagnóstica, y sobre las indicaciones de los remedios; resultados que encierran casi todas las grandes verdades, casi todas las grandes consideraciones, y aun puede decirse sin pasion, la semilla de muchos de los mas importantes descubrimientos modernos. Vese que Hipócrates, con una materia médica poco rica, sabia hacer ya mucho; y no cabe duda ninguna en que sus aciertos fuéron debidos al orden con que él mismo habia adquirido ó compuesto sus conocimientos, á su modo de observar y de deducir sus indicaciones, en una palabra, al método que dirigia sus consideraciones y curas.

No intento sacar ninguna consecuencia de cuanto antecede; pero me parece que el lector se halla ahora con mayor capacidad para vislumbrar si es ó no posible, en efecto, el responder á los cargos hechos contra la medicina.

Paso á examinarlos atentamente, y pe-

sar en una balanza imparcial las razones con que los apoyan. No emprendo semejante exámen con la mira de sostener preocupaciones favoritas, sino con la de buscar sinceramente la verdad, que, debiendo elevarse al cabo siempre sobre las ruinas de todas las opiniones humanas, es la única autoridad cuyo reconocimiento y defensa pueden ser honrosos para siempre.

§ III.

Exámen de la primera objecion.

Es cierto por una parte que la naturaleza de la causa que mueve los cuerpos animados, y por otra, que las circunstancias inmediatas que modifican su influjo sobre los diversos órganos, se ocultan igualmente de nuestras investigaciones, y nos son totalmente desconocidas. Es cierto que, si su conocimiento debe servir de fundamento al arte de curar, el arte peca esencialmente

por su fundamento. La cuestion se reduce pues á saber si es necesario, ó á lo ménos si seria muy provechoso el penetrar la esencia misma de las fuerzas vivientes, y tener una cabal idea del modo con que ellas obran en el cuerpo.

El hombre no conoce la esencia de nada, la de la materia que él tiene de continuo á su vista, ni la de la causa oculta que la vivifica, y determina todos los fenómenos del universo. Habla frecuentemente de las causas que él se lisonjea haber descubiertas, y de las que se queja de no poder descubrir: pero las verdaderas causas, las causas primeras, están tan ocultas para él como la esencia misma de las cosas; no conoce ninguna. Ve varios efectos, ó por mejor decir algunas sensaciones; observa diversas relaciones, sea entre los objetos á que él atribuye estas sensaciones, sea entre semejantes objetos y el mismo: se esfuerza á descubrir incesantemente nuevas relaciones (1): las ordena su espíritu para apre-

(1) El explicar un hecho por sus relaciones con otro, no es subir realmente á su causa. Cuando son idénticos

ciarlas mejor, para deducir de ellas lo que puede contribuir á su conservacion, ó proporcionarle nuevas satisfacciones, y he aquí todo. Examinando estas supuestas causas, cuyo conocimiento le envanece, se ve que no son ellas en el fondo mas que unos hechos. Dos hechos se hallan enlazados uno con otro en un orden sucesivo; y se dice que el primero es la causa del segundo. Este puede ser causa sucesivamente con respecto al tercero que le sigue: como subiéndolo hallaríamos siempre un hecho anterior á nuestra causa, hasta que lleguemos á aquella fuerza espontánea (1) que mueve

ámbos hechos, es reducirlos á uno solo; y cuando son simplemente análogos, es determinar sus puntos de semejanza.

(1) Esta fuerza no es otra cosa mas que el principio general del movimiento, la virtud activa, personificada en los mas de los pueblos bajo diferentes nombres, pero de que es imposible formarnos otra idea, mas que la que resulta inmediatamente de los fenómenos del universo. La llamo *espontánea*, no porque yo pretenda expresar con ello la naturaleza, sino porque me parece que esta voz representa la impresion que recibe de ella la limitada inteligencia del hombre, al ver obrar esta fuerza

el mundo en su conjunto y en cada una de sus partes. Pues bien, esta causa es la única real; ella las encierra todas; y su naturaleza, como tambien sus privativos medios de accion, se ocultan igualmente de nuestra débil vista. En balde tratamos de separarlos de las tinieblas que los cubren; pues parece que á cada esfuerzo nuestro se vuelve mas densa la obscuridad: no descubrimos mas que falaces fantasmas, el objeto huye y se sumerge delante de nosotros á lo léjos en los espacios imaginarios, á proporcion que creemos acercarnos á él.

Con arreglo á la naturaleza de las cosas, ó á nuestra propia naturaleza por mejor decir, nos hallamos imposibilitados para conocer esta causa primera, el objeto de las investigaciones y la desesperacion de los meditadores de todas las edades. La vislumbramos bajo mil diversas formas; pero ella se nos oculta siempre; porque en los fenómenos de los tres reinos, en el resin interrupcion, con una actividad siempre nueva y siempre dimanada de ella misma.

gular curso de los cuerpos celestes, y hasta en las propiedades de la molécula mas inerte aparentemente, se hace conocer ella siempre evidentemente. Pero ¿qué vemos en ello mas que estas propiedades mismas, la regularidad de curso, el órden y relaciones de semejantes fenómenos?

Ahora resta saber si este conocimiento, en cuya prosecucion se empleáron tan en balde tan profundas meditaciones y tantas vigiliass, es realmente aplicable á las necesidades del hombre. Para observar el órden constante con que se hace el flujo y reflujo; para servirse de ello en dirigir el curso de los navíos que bajan ó suben hácia el desembocadero de un rio, ó que costean unas escarpadas orillas ¿tiene el hombre necesidad de conocer qué fuerza equilibra el Océano, y qué ley primitiva hace obrar esta fuerza con tanta regularidad? la tiene tampoco de conocer la causa de las afinidades de los cuerpos, de su elasticidad, de su cohesion, para hacer, tanto en química como en física, todas las operaciones fundadas en estas propiedades? Para inventar y

perfeccionar la agricultura ; le es necesario por ventura arrancar á la naturaleza el secreto de la vida de los vegetales , el de su instinto y particulares inclinaciones? Sin duda que no. La observacion de los hechos es su patrimonio; y le basta ella. Como no le importa estudiar los objetos mas que por sus relaciones con él, y que aun estas relaciones son seguros medios de descubrir en ellos cuanto puede interesarle ; síguese de esto que los objetos que se resisten á sus indagaciones le son tanto ménos útiles de conocer, quanto mas distan ellos de la capacidad de su espíritu; y que, en el hecho, no necesita saber él mas que lo que le es posible aprender con el buen uso de sus facultades.

Ignoro pues las causas. Pero la observacion me enseña que todo se obra de un modo regular y constante en la naturaleza; que en unas circunstancias parecidas absolutamente , los hechos son unos mismos siempre; que, si algunas veces podemos hacerlos diferentes, es á causa de las mudanzas que podemos ocasionar tambien en

los hechos anteriores de que ellos dimanen, en los hechos simultáneos con que tienen íntimas relaciones.

Ignoro la causa de la digestion : quiero decir aquella causa que hace que los nervios del estómago impriman en los jugos gástricos la facultad de disolver tales ó cuales alimentos; que roba á los mismos jugos esta misma facultad, por el efecto de circunstancias cuya accion no se ejerce mas que sobre el sistema nervioso en general, como, por ejemplo, en virtud de ciertos desórdenes morales. Lo ignoro, y lo ignoraré verisímilmente siempre. Ignoro, digo, como unas substancias dotadas de calidades diversas se transforman con la accion del estómago é intestinos en un fluido blanco y homogéneo, que se llama *quilo*; como el latido de los vasos, la mezcla de la porcion mas animada del aire, que los pulmones absorven, la impresion de la vida en todos los órganos animalizan, gradualmente, este fluido, y le hacen propio para reparar las pérdidas que las partes sólidas padecen, y para substituir los humores que se disipan

con las funciones de la salud. Pero á pesar de esta ignorancia, no estoy por ello ménos inclinado en virtud de los deseos automáticos hácia los objetos que pueden servirme de alimento. Unos gustos constantes me atraen hácia los que me probáron bien constantemente. Veo que los alimentos hacen diferentes impresiones en mí, y que ellos producen muy variados efectos. Los unos laxan el vientre, los otros le estriñen. Los unos ocasionan en toda la existencia una idea de calma y frescura; otros por el contrario aumentan el calor natural, dan mayor actividad á todo el cuerpo, é imprimen en cada parte, en un tiempo supuesto, una mayor cantidad de movimiento. Los hay que alimentan suficientemente bajo un pequeño volúmen, y conozco que dan mayor ó menor ocupacion á mi estómago. Unas veces su digestion se efectúa sin que me lo adviertan los fenómenos de que esta obra va acompañada comunmente, y otras ocasiona ella una verdadera calentura. Hay muchos de ellos que no sostienen mis fuerzas, mas que en cuanto los tomo en cre-

cida cantidad. Experimento tambien que su transformacion es mas ó ménos espaciosa, mas ó ménos penosa. Ultimamente veo que los alimentos pueden ocasionar muchas modificaciones importantes en toda la máquina viviente; veo que estas modificaciones no son las mismas en todos los individuos, en todos los casos, ni en todos los tiempos. Me comparo con los demas hombres, y hallo que entre los efectos observados en mí mismo, hay muchos que son comunes á toda la especie humana; que los que parecen serme privativos, dependen de mi edad, temperamento, clima en que vivo, y estado en que me hallo cuando hago uso de ellos. De mis ensayos comparados con los agenos, de todas estas observaciones combinadas, y aun de la experiencia del género humano, si es posible, deduzco reglas dietéticas, tales, por ejemplo, como aquellas de que somos deudores al ingenio de Hipócrates. Ahora pregunto si he seguido la senda que conduce á la verdad, si estas reglas están fundadas sobre una sana lógica. ¿Dirian que no los filóso-

fos, enemigos de la medicina; ellos que recomiendan incesantemente acechar los apetitos naturales, dejarse guiar por el efecto de los alimentos; ellos que celebran con tanta razon la virtud del régimen (1)?

Pero la medicina tiene las mismas basas que la dietética: las materias de observacion son de una misma especie; y el modo de proceder para deducir de ellas conclusiones prácticas es el mismo absolutamente. El que reconoce en la una las propiedades de la certeza, no puede relegar la otra

(1) Los enfermos sanan algunas veces sin médicos, pero no sanan por ello sin medicina. Han hecho ciertas cosas, y evitado otras. Si se han conducido segun algunas reglas, estas son las del arte; si se han entregado ciegamente á la fortuna, los ha librado del peligro la fortuna aproximándose á las operaciones de una buena medicina. Tanto en el régimen como en el uso de los medicamentos, podemos seguir métodos útiles; podemos seguir otros perniciosos; pero unos y otros prueban la solidez del arte. Estos perjudican por un uso mal entendido; y aquellos prueban bien por un uso conveniente. Pues bien, siendo cosas bien distintas lo que conviene y lo que no conviene, digo que el arte existe: porque para que él no existiera, seria menester que lo perjudicial y lo útil se confundiesen.

Ἰπποκράτης περὶ τέχνης.

entre las hipótesis, parto de la imaginacion. Aun digo mas: las leves alteraciones que sobrevienen en un cuerpo sano, y los movimientos nuevos que el ejercicio de la vida engendra cada dia, son mucho ménos notables que las señales con que se manifiestan las enfermedades á todos los ojos; los efectos de los remedios son mucho mas fáciles de comprobar que los de los alimentos; porque estos últimos no obran mas que de un modo insensible, y sin causar alteraciones bien notables, mientras que mudando los primeros atropelladamente el orden y modo de los movimientos naturales, manifiestan su accion con síntomas siempre sobresalientes.

Pregunto ademas si no es debida la dietética á la medicina; ó, supuesto que los observadores hubiesen comenzado estudiando los efectos de los alimentos, ántes de pasar á los de las enfermedades (lo que se halla absolutamente contrario á los hechos, lo que aun, podemos decirlo, se aparta mucho del orden que las necesidades del hombre debieron hacer tomar á sus in-

vestigaciones) : pregunto si era natural el ceñirse á conservar la salud, en que se ocupa tan poco el que la posee, sin pensar en aliviar la enfermedad, que atrayéndonos incesantemente con tantas penosas impresiones hácia la observacion de sus causas y de los medios que pueden aliviarla, nos obliga, á pesar nuestro, á implorar el socorro de cuanto nos circunda. Las cosas no pasaron así seguramente. Mucho tiempo despues de haber observado los efectos que ciertas substancias nutritivas producen en el estado de enfermedad, se pensó en observar sistemáticamente los que ellas producen en el estado de salud, ó en el que dista poco de él. Eran notables sus efectos en el primer caso, porque este estado mismo lo era; en el segundo lo eran infinitamente ménos, á causa de que este estado no lo era del todo. Los hechos señalados llamaron la atencion en el principio; se advirtiéron mas tarde los otros: este es el curso natural.

Así pues la medicina precedió á la diética; y esta no es mas que una produccion,

una parte de la medicina. Pero, repítolo, las materias de sus investigaciones son análogas y las mismas á menudo; y los resultados que de ellas se sacan están fundados sobre las mismas reglas de racionio. Ni la una tiene necesidad de conocer las causas de la digestion (1), para notar los hechos que le son relativos; ni la otra de conocer las causas de la vida, para observar los extravíos á que su accion puede estar sujeta, para estudiar los medios que la hacen volver á entrar en el órden natural. Los fenómenos de la salud, los de las enfermedades, los efectos de los alimentos ó remedios, todo esto se halla bajo el dominio de los sentidos, y deducimos de ello todas las lecciones necesarias para la práctica del arte.

La primera objecion está fundada pues en falso; y como la ignorancia de las causas no es privativa de la medicina, si este cargo pudiera hacerla mirar, con fundamento,

(1) Las verdaderas causas de la digestion pertenecen á las mismas de la vida: y las unas no son mas fáciles de determinar que las otras.

como incierta y conjetural, comunicaria la misma duda á los principios de casi todas las ciencias.

§ IV.

Exámen de la segunda objecion.

Respondiendo á la primera objecion, respondo indirectamente á la segunda (1), que no hace mas que reproducirla bajo otra forma, ó en otras palabras. Seríame posible por otra parte el preguntar lo que se entiende por la naturaleza y primeras causas de las enfermedades. Conocemos de su naturaleza lo que los hechos suyos manifiestan. Sabemos, por ejemplo, que la calentura produce tales y cuales alteraciones; ó por mejor decir se manifiesta ella á nuestra vista por medio de semejantes alteraciones, con las cuales solas existe para

(1) Esta segunda objecion se funda en nuestra ignorancia de la naturaleza y de las causas primeras de las enfermedades.

nosotros. Cuando un hombre tose, escupe sangre, respira con dificultad, resiente un dolor de costado, tiene mas veloz y duro el pulso, la piel mas caliente que en el estado ordinario: se dice que está atacado de una pleuresía. ¿Pero qué es pues una pleuresía? Nos replicarán que es una enfermedad en que todos ó casi todos estos accidentes se hallan combinados. Si falta uno ó muchos de ellos, no es la pleuresía, á lo ménos la pleuresía esencial de las escuelas. La constituye pues el concurso de estos accidentes. La palabra *pleuresia* no hace mas que representarlos de un modo mas compendioso. Esta palabra no es un ente por sí misma: espresa ella una abstraccion intelectual, y despierta con un solo rasgo todas las imágenes de una pintura bastante grande.

Así cuando, no contentos con conocer una enfermedad por lo que ella presenta á nuestra vista, por lo único que la constituye, y sin lo que no existiria ella, preguntamos todavía cual es su esencia; es como si preguntáramos cual es la natura-

leza ó esencia de una palabra, de una mera abstraccion. No hay pues mucha exactitud en decir con unas trazas de triunfo, que los médicos ignoran hasta la naturaleza de la calentura, y que de continuo obran en circunstancias, ó manejan instrumentos cuya esencial es desconocida.

En órden á las causas primeras de las enfermedades, que los acusan de no conocer mejor, me parece la cuestion tan fácil de simplificar como la precedente. ¿Entienden por esta palabra las causas que hacen al hombre, en un cierto caso supuesto, capaz de experimentar una cierta alteracion en las funciones vitales? Respondo que las ignoramos absolutamente, supuesto que son las mismas que aquellas en cuya virtud vivimos. Pero ¿hablan únicamente de los hechos enlazados con la enfermedad, que forman parte de su historia, y que pueden facilitar luces para la curacion? Respondo que todas estas causas son del patrimonio de la observacion; podemos verlas ó tocarlas; podemos adquirir su conocimiento por medio de fieles relaciones; y como ellas producen

siempre ciertos fenómenos en la economía animal (porque si no los produjeran, no merecerian ninguna atencion, serian nul- las), es menester buscarlas en estos fenómenos mismos, y habituarse á reconocerlas en sus propios efectos.

Dos grandes sectas se repartieron entre sí por mucho tiempo, entre los Griegos, el imperio de la medicina. Los dogmáticos pretendian que la ignorancia de las causas la obliga á errar al acaso, y hace anejo á á los planes curativos un vicio radical de incertidumbre. Como las dolencias se diferencian todas en razon de sus causas, es indispensable, decian, el tener nociones distintas de estas, para aplicar con método los remedios. Los empíricos sostenian, por el contrario, que las causas se hallan fuera de nuestro alcance, mientras que los hechos se entregan de sí mismos á nuestras investigaciones. Segun esta escuela, basta con conocer cuanto forma parte de la enfermedad, lo que podemos aprender con su observacion, ó por medio de una completa descripcion.

Cuando os llaman, decian los dogmáticos, para un hombre mordido por un perro, preguntais si el perro estaba rabioso ó no; porque vuestra curacion no puede ser la misma en ámbos casos: luego importa el subir á las causas. Que la mordedura, replicaban los empíricos, se haga por un perro sano ó rabioso, no es esto una cosa indiferente sin duda; pero no se trata aquí de causas: pues esta circunstancia es un simple hecho, que depende esencialmente de la historia de la enfermedad, y sin el que semejante historia seria incompleta.

Se ve que su disputa se fundaba en meras palabras, y que los unos y los otros llevaban razon en el sentido que ellos les aplicaban. El de los empíricos era, en mi concepto, el mas correcto; y el de los dogmáticos era el mas recibido en el lenguaje comun.

Pero ¿hasta qué grado es menester ocuparse en la indagacion de las causas, comprendiendo bajo esta denominacion general las que los antiguos llamaban ocultas, y las que distinguian con el título de evi-

dentos? Es sencilla la respuesta, la cual resulta claramente de lo que antecede. Las causas cuyo conocimiento es necesario para completar la historia de la enfermedad, ó que requieren algunas modificaciones en la curacion, se manifiestan, sea por sí mismas, sea por los efectos que ellas producen; y todas son siempre unos objetos de observacion. Seria peligroso, sin duda, el ignorarlas; y hay posibilidad siempre para descubrirlas. Pero, con respecto á las otras, debemos permanecer en la mas invencible indiferencia, y no salir de aquel axioma fundamental, que cuanto mas superiores son ellas á nuestras investigaciones, tanto ménos nos importa el conocerlas. Que se me disimulen algunas repeticiones. Me esfuerzo á ser breve; pero es mas necesario todavía el ser claro: y cuando uno examina, unas tras otras, diferentes objeciones que no son mas que una misma en el fondo, está ciertamente precisado á volver á traer mas de una vez al lector á la verdad comun, que las refuta todas igualmente.

§ V.

Exámen de la tercera objecion.

Cuanto médico ha reflexionado sobre las verdaderas dificultades de su arte, estará obligado á confesar que la tercera objecion (1) va mucho mejor fundada que las dos primeras. Las enfermedades son muy variadas, y son capaces de infinitas complicaciones. La edad, sexo, clima, estacion, calidad de la epidemia reinante todo hasta algunas circunstancias en algun modo inapreciables, puede modificarlas de mil modos diversos, dar nuevos aspectos á los fenómenos, encadenarlos en nuevo orden de sucesion ó de recíproco equilibrio, y conducir las crisis á otras terminaciones. La semeyótica, ó arte de reconocer los diferentes estados de la economía animal

(1) Ella se funda en la dificultad de tener nociones exactas de las enfermedades, y de asegurarse del efecto de los remedios.

por las señales que los caracterizan, es sin duda la mas difícil como la mas importante parte de la medicina. A cada instante estamos obligados á admitir excepciones á las reglas por las que creiamos poder guiarnos. Ninguna cosa fija en su aplicacion, ni constante en los planes de conducta que ellas deben sugerir; de modo que á excepcion de algunos principios muy generales, y por consiguiente poco acomodados para instruirnos en las menudencias de cada circunstancia particular, parece que la ciencia teórica del médico se vuelve nula en el lecho de los enfermos; y que su ciencia práctica reside toda entera en una especie de instinto perfeccionado con el hábito. En efecto, identificándose él, por decir lo así, con el ser paciente y asociándose á sus dolores por medio del pronto juego de una imaginacion sensible, ve de una sola ojeada la enfermedad, y coge todos sus rasgos de una vez; así participa hasta un cierto punto de todas sus impresiones; y este instinto le hace, en algun modo, presentir mas bien que prever la

utilidad de ciertos remedios, cuyos efectos le son por otra parte conocidos. He aquí, sin duda, un modo de proceder que debe parecer poco fiel y poco seguro. No es este realmente el curso del geómetra ó calculador, ni aun, según parece á la primera vista, el del lógico severo, que camina paso á paso, y de una en otra proposición. Pero si en las ciencias matemáticas el menor defecto de exactitud, en cuanto á la construcción ó uso de las fórmulas, conduce inevitablemente á las más falsas consecuencias ¿podrá evitarse constantemente el error en un arte en que los aciertos dependen únicamente de la sagacidad de los órganos, en que las miras felices son mucho menos raciocinios que inspiraciones? Esto es dificultoso sin duda ninguna; pero no es imposible, en mi creencia á lo ménos.

Y desde luego no tengo por imposible el formarse una idea cabal de las modificaciones que las dolencias experimentan; y discernir á qué circunstancias son debidas, de qué modo es provechoso el trazar su pintura. Porque ¿como las sospecharon?

como se aseguraron de su existencia? como se subió hasta su fuente? es decir ¿ como se supo que esta ó aquella circunstancia podia dar lugar á ellas? ¿ No somos deudores de estos primeros pasos á la observacion? ¿ Lo que comenzó la observacion, porqué no lo acabaria ella? porqué, con su auxilio, no conseguiríamos reducir á sistema aquellas diferentes series de hechos que no se admiten ya como distintas entre sí, mas que porque fué posible distinguirlas realmente, algunas veces á lo ménos?

Juzgamos que las enfermedades se diferencian por sus causas, en atención á que las vemos diferenciarse por sus fenómenos. Si estos fueran unos mismos; si ellas se curaran todas con las mismas crisis ó con los mismos remedios ¿ quien hubiera pensado nunca que muchas circunstancias diversas pueden cada una á su modo, influir sobre ellas y modificarlas? No pueden sospecharse causas ningunas, cuando no hay efectos; ó por mejor decir, no existiendo estos, no pueden verificarse aquellas.

Pero la observacion nos hace descubrir

algunas diferencias entre las enfermedades; y nos hace ver que estas diferencias siguen ciertas leyes, como todos los fenómenos de la naturaleza; que las mudanzas producidas por las enfermedades en el estado de los cuerpos animados, tienen regulares relaciones con ciertos hechos anteriores ó presentes. Podemos determinar pues estas relaciones, ó el enlace de los efectos con lo que llaman causas suyas; porque podemos saber, cuando vemos un hecho, que cualquiera otro le ha precedido. La observacion nos hace conocer pues si el uno depende del otro, si le sigue ó le acompaña; y mutuamente, cuando se muestra la causa, prevemos sin dificultad el efecto que debe seguirla. La observacion puede apreciar pues el influjo de cuantas circunstancias tienen uno verdadero: puede reducir á reglas fijas este conocimiento; hacerle mas exacto con el método, mas presente en el ánimo con el hábito de representarle y realizar sus aplicaciones.

Digo que ella puede hacerlo; y deberia decir yo que ella lo ha hecho. Recórranse

sin pasion las tareas de los verdaderos intérpretes de la naturaleza, es decir de los que describen ingenuamente los hechos, de los que no hacen mas que resumirlos en reglas generales, ó traducirlos, en cierto modo, mas compendiosamente, sin violentar ni disfrazar nunca su directo sentido. Véase con qué espíritu observáron, asímíláron, distinguieron, y clasificáron las enfermedades, sea con arreglo á los fenómenos que ellas presentan, sea con arreglo á las causas que las modifican. Examínense, por ejemplo, con respecto á las epidemias, las investigaciones y consideraciones de Hipócrates, Baillou, Sydenham, Ramazzini, Dehaen, Stork, Stoll, etc., etc. ¿Pero qué digo? los solos escritos de Hipócrates nos habilitan para declarar sobre este punto. Recórranse pues sus admirables resultados sobre las enfermedades de las edades, de los sexos, de los climas, de las estaciones; cotéjenlos mas especialmente con la naturaleza, tal como puede mostrarse ella, todos los dias, al atento observador: y la medicina, no temo decirlo, tiene tan-

to ménos que temer semejante exámen cuanto mas reflexivo, juicioso é imparcial sea él. *De Florentino Paz.*

Hállase echado el hombre, como á la aventura, en medio de los espectáculos del mundo. Pasan á montones los objetos á su vista. Le llaman la atencion sus diferencias ó conformidades de analogía ó paridad; comparándolos entre ellos y consigo mismo, aprende á conocerlos; y comparándose á sí propio con ellos, aprende á conocerse á sí mismo. Si no los viera mas que separados, sin las relaciones que él puede tener con ellos, sin las que ellos pueden tener entre sí relativamente á él, le serian desconocidos indubitablemente todos. Si el hombre no descubriera nada, fuera de sí, ni pudiera medirse con nada, se ignoraria á sí mismo para siempre, ó no existiria por mejor decir; porque ninguna agena impresion (1) le advertiria de su propia existen-

(1) Las impresiones internas que resultan directamente del ejercicio de la vida, serian bien pronto nulas en esta hipótesis; el hábito borrarla bien pronto su sensacion, y el yo cesaria de percibir las.

cia: pero no puede concebirla desnuda de lo que la hace sentir. Quizo pues la naturaleza que la fuente de nuestros conocimientos fuese la misma que la de la vida. Es menester recibir impresiones para vivir, es menester recibirlas para conocer; y como la necesidad de estudiar los objetos está siempre en razon directa de su accion sobre nosotros, síguese de ello que nuestros medios de instruccion son proporcionados siempre con nuestras necesidades. Esta máxima, incontrovertible en general, es quizas todavía de una mas palpable verdad en su aplicacion á los objetos que están bajo el dominio de la medicina, particularmente á aquel que ahora ventilamos. En efecto, no importa conocer las modificaciones de las enfermedades, mas que en cuanto desfiguran sus fenómenos; pero desde entónces se hacen notables, lo son por esto mismo, y las descripciones se hallan necesariamente tanto mas distintas, cuanto mas esencial es el no confundirlas.

Pero ¿no impiden absolutamente la va-

riedad y complicaciones de las enfermedades que podamos formarnos completas nociones sobre ellas? ¿Pueden la mas vasta cabeza, la memoria mas feliz, tener siempre presentes á un mismo tiempo tantos y tan diversos recuerdos? Es cosa segura que para fijarlos y retenerlos, es menester poder referirlos á un cierto número de reglas generales; lo cual hace absolutamente inevitables los sistemas, mirados como exposiciones metódicas. Pero se conociéron bien los errores á que unas clasificaciones arbitrarias y adelantadas podian conducir. El peligro era mayor quizas en la medicina que en ninguna otra parte de las ciencias. Los mejores ingenios pensáron pues que era necesario observar por mucho tiempo todavía cada enfermedad, como un ente individual, distinto de cualquiera otro; que convenia repetir, multiplicar las observaciones y ensayos ántes de establecer axiomas generales, aplicables á todos los casos. Dijéron, por ejemplo, que era un absurdo el colocar bajo el título comun de tísis unas enfermedades, que se diferen-

cian las unas de las otras por sus circunstancias determinantes, por sus fenómenos, y por la curacion que ellas requieren; que no hay quizas dos tísis perfectamente semejantes; que por consiguiente es necesario ceñirse á describirlas cada una en particular con su índole y fenómenos propios. Finalmente hombres de un mérito superior defendiéron que únicamente aquel empirismo que se despoja no solamente de toda hipótesis, sino tambien de todo método muy general de reunir los hechos ó trazar las indicaciones de los remedios, puede ponernos en el verdadero camino de los descubrimientos útiles.

Refiriendo los nosologistas, tales como Sauvages, Lineo, Sagar, Vogel, y Cullen mismo, todas las enfermedades á ciertas divisiones principales, y distribuyéndolas en familias, como los botánicos distribuyen las plantas, hicieron, es verdad unas tablas mas propias para socorrer la memoria de un bachiller que defiende unas conclusiones, que para mostrar al práctico el órden con que deben enlazar-

se sus conocimientos y planes curativos. Cuando quisieron decirlo todo, se perdieron en frívolas menudencias: multiplicaron, hasta lo infinito, las familias y las especies; y cuanto mas hubieran perfeccionado este plan, tanto mas se hubieran aproximado á las simples descripciones individuales. Cuando quisieron, al modo de Cullen, no hacer ningun uso doble, ni tener de modo ninguno en consideracion las enfermedades sintomáticas ó encubiertas cuya curacion debe ser diferente de la de la enfermedad que ellas imitan; dejaron grandes vacíos en sus pinturas, y se vieron precisados á mirar infinitas observaciones preciosas como nulas. Redújose en sus manos el arte, en vez de estenderse. Reduciéndolo ellos todo á consideraciones rigorosamente generales, y esperando llenar con esto los vacíos que se hallan todavía en el mas completo conjunto de los hechos médicos, estinguen en sus lectores el verdadero espíritu de observacion; y la práctica que resulta de su modo de contemplar la economía animal, es casi siempre mez-

quina, débil, y aun muy errónea con frecuencia.

Pero si fuera verdad que cada enfermedad difiriese esencialmente de todas las otras; si no le fuera posible á uno el dejarse guiar de una regla general en su estudio; si tampoco le fuera posible el lograr prever su curso y crisis, y apropiarles un fundado y seguro método curativo, es evidente que no se formaria una idea precisa y completa de semejante enfermedad, mas que cuando ella hubiera recorrido todos sus periodos; y únicamente entónces, es decir cuando ya no seria tiempo, podríamos dar al doliente socorros dirigidos por patentes y sabias indicaciones; en una palabra, no existiria el arte. Pero los que impugnan mas acérrimamente los sistemas nosológicos, se hallan bien distantes de deducir esta consecuencia. El empirismo que ellos profesan, comunica por el contrario un sumo poder á la medicina. Manejan ellos los remedios mayores con una extrema audacia; son los que ménos se fundan en la naturaleza; y echando á un lado todas aquellas hi-

pótesis fútiles y aun peligrosas, con que se enerva y corrompe la práctica, cogen los mas felices frutos de la aplicacion animosa y prudente que ellos hacen, diariamente, de estos enérgicos remedios. Se gobiernan pues por algunas reglas: porque ¿como, sin ello, se atreverian ni siquiera á pronosticar que el mercurio suspenderá los progresos de una úlcera venérea, ó que la quina cortará las accesiones de una tenaz calentura?

Por otra parte, nos engañaríamos mucho, si creyéramos que los nosologistas y sus mas celosos partidarios dirigen siempre su práctica con arreglo á estas ingeniosas, pero infieles clasificaciones. La observacion de las enfermedades los fastidia bien presto de un orden facticio, cuya aplicacion práctica es imposible á veces, casi siempre embarazosa, y arriesgada con mucha frecuencia. ¿Qué sucede pues? el clasificador y el empírico filósofo, cuando ámbos poseen algun talento, no siguen unas sendas tan diferentes como podria creerse. Los guia á uno y otro la naturaleza como

por la mano. Ella les muestra los objetos bajo sus colores reales, grábalos en su memoria con palpables rasgos, clasificándolos allí por medio de analogías ó reales semejanzas. Resume finalmente para ellos, y á menudo casi sin noticia suya, las generalidades fundamentales que deben servirles de norte. Este método de la naturaleza es tan sencillo como estenso y fecundo. Se hallan vestigios suyos en las obras de todos los buenos prácticos; y únicamente por él merecieron este dictado. Es verdad que los mas no le siguiéron mas que en virtud de un feliz instinto; pero cuando los leemos, conocemos á cada página que le son deudores de todos sus triunfos.

Habria sin embargo alguna temeridad en pensar que tantos buenos ingenios que ponian este método incesantemente en práctica, le desconociéron siempre totalmente. Pero aunque las hipótesis mas erróneas presentan preciosos vestigios suyos, á los que aun quizas debiéron ellas su pasagera celebridad, nadie que yo sepa le ha esplanado de un modo preciso y completo. Voy

á tratar de indicar su mecanismo, mientras que le espongo mas circunstanciadamente en una pintura general de nosología, de materia médica y terapeutica, á que este método servirá de basa comun.

Considerando las enfermedades por sus causas ó circunstancias determinantes, y por el enlace, relaciones, y gravedad de sus síntomas, es decir, considerándolas en su conjunto y bajo todos sus aspectos, no se asemeja la una jamas á la otra. Dos resfriados, dos simples calenturas efímeras, no pueden ser puntualmente los mismos; hay siempre, como en las fisonomías las mas semejantes en la apariencia, rasgos ó visos que las distinguen. Pues bien, debiendo las menores modificaciones de su calidad ocasionar otras análogas en su curacion, importa estudiar cada caso en sí mismo, á fin de deducir de la combinacion ó dependencia natural de sus diversos fenómenos un plan fundado de conducta, como se busca la cifra de un enigma en cada una, en el conjunto, y en las mutuas referencias de las proposiciones que le componen. Pa-

ra apreciar cabalmente una enfermedad, es menester pues saber el preciso valor de los fenómenos que ella presenta; es menester saber ademas si, en cada nueva combinacion, no se han desfigurado ellos en tanto grado, que se resisten á la eficacia de los medios con que los combatiéron útilmente, sea separados, sea asociados en otras combinaciones; porque en semejante caso, es preciso confesarlo, la medicina fluctuaria frecuentemente á la aventura y sin norte en un mar incógnito.

Cuando observan los hombres por la primera vez un objeto, notan sus mas sobresalientes circunstancias; comparan las unas con otras, y ponen en una misma línea las que se enlazan por medio de algunas conformidades. Nuevas observaciones les hacen descubrir nuevos hechos mas delicados ó ménos importantes, los que se hallan ligados igualmente con relaciones análogas. No tarda uno en reconocer que los unos y los otros pueden graduarse, combinarse, y diferenciarse diversamente; y últimamente en todos los objetos de nues-

tras investigaciones, de un escaso número de hechos ó fenómenos comunes, se forman todos los hechos particulares, por mas admirable que sea su variedad, ó mas infinita su multitud. Así es como en el canto y en la voz hablada, bastan poquísimos sonidos para pintar los afectos del alma; y como los medios poco variados con que los órganos de la boca mudan en determinado language los sonidos escapados de la laringe, dan á la espresion del sentimiento la precision del pensamiento; porque todas aquellas modificaciones, designadas por los gramáticos con el nombre de consonantes, se reducen á un corto número. Asi es tambien como algunos signos bastan para fijar, por medio de la escritura, las riquezas de los diferentes idiomas ó las ilusiones de la mas sabia música.

Notando solícitamente los antiguos retóricos lo que puede seducir, conmover, ó convencer en el curso del discurso, en las imágenes, en la forma del raciocinio, echáron de ver bien presto que estos primores, ó por mejor decir los medios con que se

producen, no son tan diferentes como al principio parecian deber serlo; y que reuniendo bajo un mismo título los que se asemejan, pueden reducirse todos á un corto número de generalidades ó resultados comunes. Ahora bien, estos resultados, ó las reglas que ellos espresan, son como los móviles ocultos y mágicos de la elocuencia y poesía; pero no tienen ellos nunca, es verdad, virtud mas que en las manos de los encantadores.

Todas las reflexiones precedentes se aplican igualmente á los objetos que la observacion de las enfermedades presenta. A cada nuevo caso creeria uno desde luego que hay nuevos hechos; pero no hay mas que otras combinaciones, otros visos. En el estado patológico, no hay jamas sino un corto número de fenómenos principales, de cuya mezcla y diferentes grados de intension se derivan los otros. El orden con que ellos se presentan, su importancia, y diversas relaciones, bastan para dar origen á todas las variedades de las enfermedades. Partiendo del mas leve dolor hasta el mas

insoportable; de la mas simple indisposicion hasta la dolencia mas complicada; de la fiebre efímera hasta la pestilencial: no observamos en todas partes mas que las mismas formas, los mismos rasgos, y los mismos visos generales. De sus enlaces, de sus visos opuestos ó combinados, de su concordancia ó contrastes, hace salir la naturaleza aquella multitud de pinturas tan diferentes las unas de las otras á la primera ojeada, como acaba de verse que el arte, por medio de una cortísima cantidad de signos, sabia reproducir á la vista todas las obras maestras del ingenio musical, ó hacerles entender todas las maravillas de la palabra.

Este método sintomático es la obra de la naturaleza misma; y no tiene él nada de lo arbitrario de los métodos facticios. Simplifica él la observacion de las enfermedades, su historia y curacion. Es verdad que semejante método no exime de estudiar la índole propia de las que la tienen realmente, ni de indagar los efectos particulares de los remedios específicos, que para de-

cirlo al paso, son mucho ménos numerosos que lo que se piensa: pero él alivia la memoria sin estraviar el juicio, y no es ménos una segura guia en la práctica de la medicina, que un medio natural de enlazar sus conocimientos. Quanto mas nos apartamos de él, tanto mas desatinamos; y quanto mas escrupulosamente le seguimos, tantos mas aciertos obtenemos. Esto es lo que nos enseñan la esperiencia cotidiana, y la lectura reflexiva de los autores de práctica de todas las edades.

La tercera objecion, aunque mas especiosa que las precedentes, no puede pues sostener todavía un exámen escrupuloso.

§ VI.

Exámen de la cuarta objecion.

Pasaré rápidamente sobre esta cuarta objecion, la cual no es digna de ninguna circunstanciada discusion. En efecto, ¿qué necesidad hay de conocer la naturaleza de los remedios para notar las alteraciones

que ellos producen en los cuerpos? No conocemos mas la de los alimentos; sin embargo se comprobó que sus efectos se diferencian; que se diferencian segun las circunstancias en que se halla el que los toma, segun el modo con que usa de ellos; y de una larga serie de esperiencias se dedujéron reglas dietéticas, fundadas sobre todas las basas de las certezas humanas. El modo de raciocinar en órden á la accion y uso de los remedios es el mismo. Nos es inútil el saber cual es la naturaleza (1) de la quina para notar su virtud específica en las fiebres intermitentes; cual es la del antimonio ó mercurio, para asegurarnos de que, mediante ciertas combinaciones, el uno hace vomitar, miéntras que el otro, bajo muchas formas diferentes, cura las enfermedades venéreas (2). Varios ensayos reiterados pueden enseñarnos que un re-

(1) Aun podríamos preguntar á los enemigos de la medicina, lo que entienden ellos por esta *naturaleza de los remedios que no se conoce*: y se hallarian quizá bastante embarazados para responder.

(2) « Es menester deducir todas las reglas de práctica, no de una serie de raciocinios anteriores, por mas

medio produce tal efecto en cierto caso y bajo una determinada condicion; que su efecto es diferente ó contrario en otros; que modificándole, combinándole con otros ciertos medios conocidos, se consiguen nuevos resultados todavía. Todo lo cual, nos lo enseña la observacion: y aun cuando conociéramos la naturaleza íntima del remedio, los hechos notados al experimentar no serian por ello mas ciertos ni mejor enlazados entre sí. Pero el hombre, para asegurar su curso en toda ciencia experimental, no tiene necesidad mas que de comprobar los hechos, de darles en su es-

probables que ellos puedan ser, sino de la esperiencia dirigida por la razon. El juicio es una especie de memoria, que reúne y pone en órden todas las impresiones recibidas por los sentidos; porque, ántes que el pensamiento se produzca, han experimentado los sentidos cuanto debe formarle; y ellos hacen llegar sus materiales al entendimiento.» HIPÓCRATES, *Παραγγελιαί*.

He aquí lo que Aristóteles dijo despues en aquel axioma, tan célebre entre los modernos, y tan bien esplanado en los escritos de Locke, Helvecio, Bonnet, y Condillac: *nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu*. Pero Hipócrates pinta, en algun modo, lo que Aristóteles no hace mas que espresar.

piritu, en cuanto es posible, el mismo orden y las mismas relaciones que tienen ellos en la naturaleza; y de no sacar mas que las consecuencias que se hallan espresamente encerradas en ellos.

§ VII.

Exámen de la quinta objecion.

Las dificultades del arte, alegadas en la quinta objecion, son reales; pero no son insuperables. Hipócrates dijo, con aquella energía y rapidez de espresion que le caracterizan: « La vida es corta, el arte largo, la ocasion fugaz, la esperiencia peligrosa, y el juicio dificultoso. » — La esperiencia es peligrosa, convengo en ello. Si hay un ministerio que requiera las eminentes prendas intelectuales, es indubitablemente el de deducir adecuadas indicaciones de los síntomas de una enfermedad, de observar el efecto de los remedios, y de sentar reglas con arreglo á las cuales puede emplearlos uno en lo venidero con segu-

ridad. Pero cuando decimos que un arte es dificultoso, estamos bien distantes de decir que él no existe: decimos lo contrario implícitamente. El mismo Hipócrates hace con este motivo, en su tratado de la *Medicina primitiva*, una observacion llena de sano juicio; y me parece que ella reduce la cuestion á sus verdaderos términos. — « Si la medicina no fuera un arte como todos los demas, no habria, dice, buenos ni malos médicos: todos serian buenos igualmente, ó por mejor decir serian malos igualmente. » — En efecto, no puede haber diferencia entre los hombres que profesan un arte, mas que cuando las reglas de este se hallan en la naturaleza; y únicamente entónces, los unos pueden conocerlas, y los otros ignorarlas. Cuando ellas no se hallan allí, las desconocen todos igualmente.

Seria menester repetirnos hasta el fastidio, si quisiéramos responder individualmente á cada uno de los rasgos particulares que esta quinta objecion presenta. La hemos refutado muchas veces indirectamente bajo todos sus aspectos en el curso

de este escrito. Dando cuenta del modo con que se forma la pintura de nuestros conocimientos; indicando los medios que tenemos de trazarla; y haciendo ver su relacion constante con nuestras necesidades, creo haber dado la solucion completa, no solamente de la presente cuestion, sino aun tambien de otras muchas cuestiones subsidiarias que le son correlativas.

Pero sin tratar de probar ademas que una imperiosísima necesidad impelió á los hombres hácia el estudio de la medicina; que todos sus objetos pueden someterse á los sentidos; que sus reglas dimanen directamente de los hechos recogidos por la experiencia, suplico al lector que observe, en órden á las dificultades que se encuentran en la aplicacion de estas reglas, ó á las dudas con que sus consecuencias están obscurecidas, que ántes de concluir de ello nada contra la medicina, convendria examinar si los otros artes son efectivamente capaces de aquel curso puntual y matemático, de aquellas rigorosas certezas de que la reconviene carecer.

Con algunas tablas de logaritmos, hace el hombre mas limitado varios cálculos cuyo mecanismo le es absolutamente desconocido. Su trabajo no exige talento, conocimientos ni reflexion: el acierto no depende jamas de los dones intelectuales; y basta únicamente el conocimiento de la fórmula. Cuando se dice que son inciertas las máximas de nuestro arte; quieren decir que ellas no tienen esta especie de certeza? Cuando se dice que las mismas son de una difícil aplicacion; quieren decir que, para hacerla constante y acertadamente, no basta colocar los datos del problema allado de una tabla que nos ofrece su solucion enteramente hecha? Me hallo muy remoto de pensar que el conocimiento particular de las enfermedades, ó el del efecto de los remedios, puedan llevarse hasta el grado de precision, que caracteriza las certezas del cálculo; y aun pretendo ménos que el pronóstico sea capaz de esta misma precision, meramente intelectual en algun modo. Cuanto depende de la práctica de la medicina, exige seguramente muchas ope-

raciones de una especie muy diferente de las que una simple fórmula basta para hacer ejecutar bien. Ni los inventores que se abrieron nuevas sendas, ni los ingenios filosóficos que cuidaron de ordenar sus observaciones en cuerpo de doctrina, á pesar de las importantes tareas de que somos deudores á los unos y á los otros, no pueden realmente sino dirigir el práctico en sus investigaciones, circunscribir mejor á sus ojos los objetos, y fortificar su experiencia con la de los siglos precedentes, y necesita él quizás de tanto talento para servirse bien de sus resultados, como ellos mismos para hallarlos.

Pero ¿cuales son los artes que no requieren talentos ni esfuerzos? ¿Hay ni siquiera uno solo en que los aciertos puedan calcularse rigurosamente de antemano? Fidias bosqueja una estatua; tiene él la idea de los sublimes primores con que la reviste en su cerebro; y sin embargo no está rigurosamente seguro de ejecutar lo que ha concebido. Bosquejando Homero un poema épico; formando Racine el plan de

una tragedia; combinando Pergolese, Sachi, Paisiello, Mozart, Mehul, los efectos que unos acertados y sabios enlaces de sonidos deben producir, no pueden estar seguros de hacer una buena obra. Sus anteriores triunfos, sus talentos superiores, y el mas asiduo trabajo, no pueden hacerlos señores de lo futuro enteramente; hay una infinidad de circunstancias que pueden malograr su mas admirable designio, sus mas fundadas esperanzas.

La agricultura es un arte. Ella tiene en la naturaleza diversas reglas que se hallan descubiertas ya, ó que se trata de descubrir. La estiende y perfecciona la observacion cotidiana. Es ella un arte, para volver á la definicion de Hipócrates, á causa de que hay unas gentes que cultivan bien, y otras que mal. El mas esperto cultivador, despues de haber preparado su heredad, se determina, fiado en la experiencia, á entregar sus simientes á la tierra. Cuantas precauciones, cuantos medios se reconocen útiles en las circunstancias análogas, pónelos él en uso; y todas las probabilidad-

des le prometen una buena cosecha. La suya, en un cierto número de años tomados colectivamente, será certísimamente mejor que la de su negligente é inesperto vecino. Pero en cuanto á un año determinado, en cuanto á aquel, por ejemplo, en que suponemos que él duplicó sus cuidados, no se fundarian las apuestas en su favor mas que sobre verisimilitudes. ¿Quién sabe si la helada, granizo, ó otros desastrosos acaecimientos, no llegarán á destruir todos los frutos de su prevision y tareas? Hállase cabalmente el médico en igual caso. Conoce la enfermedad; hace nacer ó coge la conveniente ocasion; y da el remedio. Desde este momento, debemos mirar la curacion como entregada, bajo ciertos aspectos, á la discrecion de la fortuna, es decir, como dependiente de nuevas circunstancias, cuyos eventuales efectos se ocultan de todo puntual cálculo.

Pero aunque es rigurosamente posible que un vomitivo no promueva el vómito, ó que una purga no purgue, cuando hago uso de estos remedios en un caso que los

exige, con la dosis y precauciones necesarias, no estoy ménos seguro anticipadamente de su operacion: no porque yo pueda tener una certeza matemática de ella, sino porque tengo todas las certezas morales: pues bien, los hombres están ciertamente obligados á contentarse con estas en el ejercicio de la vida, y les bastan siempre, por la razon misma de que son las únicas que la naturaleza permite en la práctica ó en la aplicacion del raciocinio á lo positivo de los hechos.

Entre los escritores que impugnáron mas vivamente la medicina con argumentos ó invectivas, se cuentan, conviene confesarlo, muchos meditadores, muchos filósofos, que merecen colocarse, á causa de las perniciosas preocupaciones que ellos contribuyéron á destruir, en la clase de los bienhechores del género humano. Ocupados en el noble proyecto de dar un curso mas seguro al entendimiento humano, y en perfeccionar todas las partes de las ciencias, persiguiéron en todas partes, con la antorcha en la mano, las ideas falsas

ó vagas. No lo dudemos ; si tratáron nuestro arte de un modo tan poco favorable , nace de que le consideraban como una verdadera superstición ; y si quisieron destruir las ideas que se formáron sobre su virtud en todos los siglos , nace de que no las juzgaban propias mas que para alimentar la credulidad pública , y fomentar aquella adversa disposición de nuestra mente , que la determina tan á menudo sin motivo ó sobre los mas vagos avances. Pero no quisieron ver que conmoviendo sus basas , conmovian las de casi todas las ciencias usuales. ¿ No es evidente, por ejemplo, que sus máximas son mas ciertas que las de la moral misma á cuya perfección, sin embargo se dirijan mas principalmente sus tareas ?

Explíceme.

Las causas de los movimientos físicos son mas regulares y constantes en su acción, que las de las determinaciones morales. Las señales de las enfermedades son mas evidentes, ménos variables, mas acomodadas á la capacidad de los sentidos observadores

que las señales de los afectos del alma. El efecto de las substancias que pueden aplicarse al cuerpo , es mas inmediato , mas seguro , mas fácil de comprobar que el del régimen y remedios morales , es decir , que el efecto de las leyes , de la instrucción , ó de los hábitos. Será siempre mas fácil el formarse reglas para imitar , en casos análogos , las curas de la primera especie , que para repetir las de la segunda. Añado que la íntima correspondencia de lo físico con lo que se llama lo moral , y la dependencia de las ideas ó pasiones , con relación al estado de los órganos , á la naturaleza de las impresiones que ellos reciben , impiden que pueda establecerse la moral sin el socorro de los conocimientos fisiológicos y médicos ; y el moralista , para trazar sus planes curativos y sus lecciones prácticas , debería dirigirse casi siempre en los principios al médico. Con frecuencia es menester poner en uso un régimen , medicamentos físicos apropiados , y no racionios , exhortaciones , ó amenazas , para atraer al hombre hácia las sendas de la prudencia y

virtud; y si se consideran mas en grande las cosas, sin duda la educacion pública, para fortificar las almas, debe fortificar los cuerpos, para arreglar los hábitos morales, debe arreglar los hábitos físicos; y para corregir las pasiones, debe comenzar corrigiendo los temperamentos.

Como debe tratarse todavía mas abajo de las dificultades que se encuentran en la práctica de la medicina, dificultades de cuyo peso nadie, me atrevo á asegurarlo, se halla mas convencido que yo mismo, no hablaré mas sobre ello ahora.

Y si se añade que queda en las curaciones de las enfermedades una multitud de puntos dudosos; que aun muchas de estas enfermedades son, en el estado presente del arte, absolutamente incurables (1) :

(1) Una enfermedad no es incurable, mas que porque no tenemos en nuestro poder los medios ó instrumentos necesarios para su cura. Este vicio de la medicina, si es uno realmente, no le es privativo, sino que es comun á todos los artes. El herrero no puede forjar sin fragua, martillo, ni yunque; ni el marino navegar sin timon, velas ó remos. ¿Se sigue de ello que el hombre no sabe labrar los metales, ni dirigirse en los mares? Cuando

convendré fácilmente en ello. Todo no está aclarado. Muchas alteraciones morbíficas, llegadas hasta un cierto grado, se resisten desgraciadamente á todos los medios conocidos. Hay tambien otras muchas que pasan á ser mortales con su sola duracion. ¿Pueden algunas dudas separadas conmovier un enlace de certezas? deben algunas dolencias incurables hacernos renunciar de curar las que pueden curarse? El trabajo infatigable y el tiempo descubrirán por último unas verdades que la naturaleza nos oculta todavía; harán un juicio definitivo sobre los puntos litigiosos; y nos enseñarán quizas los medios de suspender ó mudar todos los movimientos irregulares de la economía animal sin excepcion ninguna. Entre tanto, gocemos de las verdades con-

el médico no tiene lugar de comprender todas las calidades de la enfermedad; cuando las que la caracterizan, no le son suficientemente conocidas; cuando los medios curativos son superiores á sus alcances, debemos decir que le faltan los instrumentos de su arte: pero no podemos concluir de ello nada contra la existencia real, reglas, y utilidad del arte mismo.

Véase HIPÓCRATES, Περὶ τέχνης.

quistadas ya; guardemos un obstinado escepticismo sobre cuanto no es cierto; esforcémonos sin interrupcion á estender los límites de un arte cuyo poder es tan precioso para la humanidad; y si algunos objetos se resisten invenciblemente á nuestras indagaciones, pensemos en que un problema está como resuelto, cuando una vez le han reconocido por realmente insoluble.

§ VIII.

Exámen de la sesta objecion.

La sexta objecion es mas acomodada al alcance de todos los hombres: hace ella en general una suma impresion, y es fácil de ver que debe ser así.

Los escritores de medicina están divididos sobre las máximas, y lo están los prácticos sobre los planes curativos. Se ve que los sistemas se destruyen los unos á los otros y que se suceden con rapidez; se

ve que los métodos curativos experimentan las mismas variaciones. A lo ménos es lo que uno cree echar de ver, á la primera ojeada, cuando compara las pretensiones y narraciones de todas las diversas sectas. Unos artistas que no estuvieran acordes sobre las generalidades fundamentales de su arte, ni sobre el modo de hacer su aplicacion, podrian, conviene confesarlo, infundir alguna desconfianza á jueces poco crédulos. Si es verdad, con la mayor frecuencia, que cuando Hipócrates dice *sí*, Galeno dice *no*; ¿no estamos con derecho de presumir que las reglas, con arreglo á las cuales ellos observan y juzgan, no tienen una basa comun á los buenos ingenios; y que por consiguiente ellas son, por ámbas partes, segun todas las apariencias, igualmente fútiles y vanas? Hay pocas personas instruidas en quienes esta primera consideracion no haya engendrado algunas dudas; aun hay pocos médicos, á lo ménos entre los que están habituados á aclarar y vigilar su razon y conciencia, á quienes una dolorosa incertidumbre no haya hecho retro-

ceder de espanto, desde la entrada de la carrera. Pero la lectura mas reflexiva de los libros, el exámen mas atento de las diversas prácticas, y particularmente una ojeada mas profunda echada sobre la naturaleza misma, deben facilitarnos los medios de desvanecer estas dificultades, si es posible sin embargo el hacerlo de un modo satisfactorio.

Observo desde luego que fundándose las opiniones teóricas todas, no sobre hechos, sino sobre el modo con que ellos se producen, importaria poco que ellas se diferenciassen, con tal que la práctica no caminase mas que al lado de los hechos, y no saliese nunca de las indicaciones que ellos le suministran. Si, por ejemplo, los matemáticos, tales como Pitcarn, no se condujeran de diferente modo en la curacion de una pleuresía, que los solidistas, tales como Hoffmann, ó los químicos, tales como Silvio; si habiendo aprendido los unos y los otros, con sus propias ó agenas observaciones, el efecto constante de los remedios que pueden emplearse en semejante caso,

no se sirvieran de su hipótesis mas que para enlazar en cuerpo de doctrina todas sus ideas; y si, para formar sus consideraciones prácticas, se atuvieran tenazmente al simple resultado de la esperiencia; es claro que estas diferentes sectas no serian opuestas las unas á las otras mas que sobre puntos enteramente agenos del objeto real del arte, y que deberíamos mirar estas oposiciones de máximas con la misma indiferencia que las gentes juiciosas miran, en materias morales, cuantas opiniones no influyen sobre la conducta humana.

Si cada secta, por el contrario, no satisfecha con haber hecho cuadrar su hipótesis con los hechos, llega hasta intentar esclavizar estos á aquella; si ella quiere que la naturaleza obedezca á sus desvaríos, no es menester echar la culpa de esto al arte, el cual no tiene parte ninguna en ello; y aun los errores en que incurrimos sobre este particular, dependen únicamente de la violacion de las reglas fundamentales del arte. Las locuras y absurdos no anonadan la sabiduría y razon; las suponen ellos por

el contrario. El desórden efectivamente supone el órden, y la mentira la verdad; porque los contrarios no pueden concebirse sin sus contrarios. Así podemos afirmar que el arte existe por la misma razon que hace sentar que él no existe, esto es, porque el método de filosofar, de que el espíritu sistemático usó en él tantas veces, se diferencia esencialmente del que conduce á algunas conclusiones ciertas, ó del buen método del que sin duda no tendríamos idea ninguna, si él no se hallara en la naturaleza (1).

No demos, por lo demas, mucho ni poquísimo valor á las teorías. La única teoría que no estravía jamas, no merece nombre

(1) No basta el probar que uno ha raciocinado mal en medicina: para deducir de ello alguna conclusion contra este arte, seria necesario probar que no podemos raciocinar bien en él. « Todos los artes, dice Hipócrates, están en la naturaleza, si preguntamos competentemente á esta, nos revelará cuantas verdades van unidas á cada uno de ellos; y nos preservará de los errores con que la ignorancia no deja de viciarlos. El arte debe purificarse entónces; pero él existia á pesar de estos defectos.»

de tal hablando con propiedad. Ella no va mas adelante que la observacion; ni es mas que la observacion misma. Las otras se aceleran á colocar anticipadamente todos los hechos bajo reglas generales que no se refieren mas que á un corto número de ellos: y por consiguiente semejantes teorías deben inducirnos casi siempre á error. Ellas pueden sin embargo hacernos encontrar adecuadamente algunas veces; porque las mas absurdas de estas teorías no se fundaron, en su origen, mas que sobre inconcusas esperiencias. La suerte de sus autores fué la de dar una muy lata significacion á semejantes esperiencias, y de formar un sistema completo de lo que apenas podia suministrar algunas menudas consideraciones. Cuando queremos explicar la economía animal con las leyes de la mecánica, física, química, ó con alguna hipótesis filosófica tomada en alguna parte diferente de la observacion misma del cuerpo viviente, nos hallamos detenidos, por decirlo así, á cada paso: las excepciones á la regla se hacen bien presto mas numerosas que los

hechos que se conforman con ella : y no solamente nos vemos precisados á reconocer cuan insuficientes son semejantes hipótesis para enlazar los fragmentos de la ciencia ; sino que tambien advertimos fácilmente que ellas hacen cometer innumerables faltas en la práctica. ¿ Hemos á concluir de ello que no hay cosa ninguna química, física, ni mecánica en las funciones vitales ? estaríamos bien faltos de razon, sin duda ninguna ; y si la cosa fuera así ¿ quien hubiera hallado, y ni aun solicitado semejantes esplicaciones ? Los buenos ingenios las desechan, no porque ellas no esplican nada, sino porque no lo esplican todo ; porque ellas no son rigorosamente aplicables mas que á los mismos hechos, mas ó ménos numerosos, de que las sacaron ; y si es verdad que sus mas razonables partidarios las abandonan en la cama de los enfermos, no tienen ellas quizas, ni con mucho, cuantas malas consecuencias deberian temerse.

Una prueba de que la naturaleza corrige sordamente con la esperiencia lo que

las reglas pueden tener de vicioso, y que ella precisa á los médicos que no están enteramente faltos de discernimiento y tacto, á seguir un método uniforme con corta diferencia : es que la práctica de todos los siglos, á pesar del tono decisivo con que se afirma lo contrario, es la misma en el fondo. Las descripciones de las enfermedades que los antiguos nos dejaron, son de una palpable verdad todavía ; se enseñan sus reglas de diagnóstica y pronóstico en nuestras escuelas ; nuestras indicaciones generales de curaciones son absolutamente las mismas que las suyas ; y las trazamos con arreglo á los mismos motivos. Desde Hipócrates hasta nuestros dias, es cosa segura que todos los buenos meditadores volviéron á hallar lo que aquel habia visto. Areteo, Alejandro de Trales, Aecio, Celio Aureliano, Celso, Galeno, nos sirven todavía de seguras guias con frecuencia. En nuestra Europa moderna, los siguiéron paso á paso los restauradores de la medicina. Sennert y Lommio no hiciéron mas que compendiarlos, y colocar con mejor orden

sus observaciones. Valesio, Duret, Hulier, Próspero Alpino, Baillou, Próspero Marciano, Fernel, Riviere, y otros infinitos que seria muy difuso de nombrar, les son deudores de todos sus triunfos: haciéndose discípulos de ellos merecieron ser colocados á su lado; y en este siglo mismo en que innumerables tareas enriquecieron el arte con algunos descubrimientos reales, los médicos dignos de compararse con nuestros primeros maestros no consiguieron este honor, ni aprendieron *á sobrepujarlos algunas veces mas que imitándolos casi siempre.*

Podemos negar pues que la práctica se haya mudado de uno á otro siglo: y podemos negar que las consideraciones de los buenos prácticos se diferencien esencialmente. La grande cantidad de puntos en que ellas se hallan enteramente conformes, no prueba mejor la eterna regularidad de la naturaleza que la inalterable certeza del arte.

Ella prueba la una, porque prueba la otra: porque si la naturaleza, en algunas

circunstancias supuestas, produce siempre los mismos fenómenos; y si el arte puede mudar, á su voluntad, muchas de semejantes circunstancias, en lo que no cabe la menor duda, síguese de esto que él puede obrar eficazmente sobre los fenómenos, supuesto que estos últimos deben depender de él, en el mismo grado precisamente.

Ahora vuelvo á entrar en la historia; y digo que se ejerció siempre la virtud del arte por los mismos medios. A cualquiera tiempo de la medicina que nos transportemos, á cualquiera secta, antigua ó moderna, estrangera ó nacional que preguntemos, volvemos á hallar siempre los mismos motivos generales, las mismas reglas, los mismos planes. Los prácticos lucharon siempre contra el estado inflamatorio con la sangría y régimen antiflogístico (1): aconsejaron siempre los vomitivos en el estado de plenitud del estómago, los purgantes en la de los intestinos; para la sequedad, tension,

(1) Entre ellos es menester exceptuar á algunos modernos; y bien presto se verá porqué.

y rigidez, ordenaron siempre los baños tibios; para la relajacion y debilidad los baños frios, los tónicos. Todos ellos proponen igualmente evacuar lo superfluo, restituir lo que falta, estimular la naturaleza desfallecida, y reprimir su tumultuosa foga. En una palabra, no hay enfermedad ninguna dotada de una constante índole, que la sana práctica no cure hoy dia con los mismos remedios de la misma especie que en otros tiempos.

Lo que, por lo demas, puede ocasionar alguna confusion sobre este particular, es que no todos los escritores dan las mismas acepciones á las mismas palabras. El uno entiende por *fiebre ardiente*, una verdadera fiebre inflamatoria (1), y aconseja la sangría; el otro designa con este nombre, una enfermedad de la clase biliosa, y condena toda evacuacion de sangre. Aunque parece que ellos se contradicen, no por ello dejan

(1) Los antiguos, por ejemplo; miraban el *corium* inflamatorio como un producto bilioso: y muchos modernos confundieron ciertas calenturas biliosas con las enfermedades inflamatorias, etc., etc.

de ir acordes sobre los principios fundamentales de las indicaciones: dicen las mismas cosas en otros términos; y se diferencian únicamente en la lengua particular de que cada uno de ellos hace uso. Porque siempre que describen una enfermedad, en vez de darle un nombre; y siempre que tratan de mostrarnos, con la adecuada estimacion de los síntomas, los motivos de su plan curativo: distan tan poco los unos de los otros, que un lector instruido adivina sin dificultad anticipadamente, no sin duda sus fórmulas precisas, sino el fin muy determinado que ellos quieren conseguir, y la naturaleza particular de los medios de que hacen uso. Apelo, sobre este punto, al testimonio de las personas que leyéron con la competente atencion á los observadores.

Se insistirá quizás; y se dirá que una semejante consideracion, por mas peso que se le dé por otra parte, no esplica aquellas eternas controversias que producen, en la cama de los enfermos, tantos escandalosos ó ridículos lances. Si los médicos que es-

criben están acordes, no parecen estarlo los que hablan; y si es posible el conciliar á los unos entre sí, lo es seguramente po- quísimo el prestar á los otros las mismas miras.

Respondiendo que basta con probar ri- gorosamente la certeza de la medicina tal como la naturaleza bien preguntada la ense- ña á los hombres; que por otra parte puede abandonarse la causa de los que la profe- san, dejando á cada uno de ellos el cui- dado de defenderse á sí mismo; no hubiera justificado yo la oposicion de los escrito- res que acabo de mencionar, ni la de los prácticos, sobre la que se funda mas espe- cialmente la objecion. Añadiendo que el amor propio ú otras mas bajas pasiones son comunmente la única raiz de las contiendas entre estos últimos, y que algunos misera- bles intereses no estravían su juicio, mas que despues de haber depravado su con- ciencia: los justificaria yo peor todavía, y este modo de juzgarlos seria, oso decirlo, tan poco digno de mí, como del cuerpo de sabios el mas respetable, quizas, que ha

existido en todas las edades (1). No, sin duda ninguna, los médicos no son otros tantos titiriteros, que se sirven de todos los medios para utilizarse cada uno de su droga, y menospreciar la que se despacha en el inmediato tablادillo: no, la buena fe, ingenuidad, amor de la verdad, el del género humano en cuyo penoso servicio los sacrifica su arte, todos los afectos del hombre sensible y todas las obligaciones del hombre justo, no son agenos de su co- razon. Muchos de ellos practican en silen- cio las penosas virtudes de su arte. Se juzgan con severidad á sí mismos, y con indulgencia á sus compañeros. Luchan con- tra unos arriesgados dictámenes, no porque estos no son los suyos, sino porque les pa- recen peligrosos. Concilian cuanto es con- ciliabile, sin perjuicio ninguno para los do- lientes; y si alzan con vehemencia el grito contra la ignorancia ó astucia, es una sa-

(1) Seria cosa sumamente absurda el decir que no hay charlatanes entre los médicos; pero se comete una injusticia mayor en sentar que los mas de ellos son char- latanes.

grada obligacion que ellos desempeñan con pena: y la imputacion de que todos los médicos tratan no mas que de contradecirse, y que está desterrada para siempre la paz de sus discusiones, debe mirarse como otro tanto mas injusta, quanto mas general quieren hacerla. En todos los tiempos se viéron varios médicos, y los encontramos á montones en todos los paises todavía, que se estimulan unos á otros hácia el bien con nobles ejemplos; que se alientan en sus tareas recíprocamente, y confunden su ciencia en beneficio del género humano.

Pero, sin estendernos á una vana justificacion podemos responder directamente á la objecion. Cuando dos médicos abrazan unos planes contradictorios, cuando aconsejan remedios de una diferente especie, se concluye de ello malísimamente que uno de ellos está por necesidad en el error. Permaneciendo opuestos, pueden tener igualmente razon, y pueden echar por diversas sendas, para llegar al mismo fin. Su unanimidad no probaria que ellos se conducen

bien, y su oposicion no prueba que se extravían. Esto requiere alguna explicacion.

En cualquiera enfermedad, hace la naturaleza uso de una cierta serie de movimientos para mudar el estado morbífico, y restablecer la salud. Son estos movimientos comunmente los mejor apropiados á sus miras y medios: y cuando ella parece ser enteramente libre en su eleccion, los emplea con preferencia, como ya lo hemos dicho mas arriba. Pero la naturaleza tienta con frecuencia por un emuntorio la crisis que no puede efectuarse por otro; y ella obra por medio de los sudores, lo que no ha podido hacer por el de las cámaras ú orinas. No hay especie ninguna de evacuacion que no pueda suplirse; ni quizas ninguna que no pueda substituir á cualquiera otra, sea del género que mas se quiera. Pues bien, no debiendo ser ya una misma la terminacion crítica, los esfuerzos que la preparan, y el orden con que van enlazados, experimentan alteraciones análogas. La naturaleza puede pues emplear, casi siempre, muchos métodos diferentes en

todo punto. He citado ya la pleuresía por ejemplo: otro tanto puede decirse de la fiebre ardiente, que se cura, unas veces con sangre de narices, otras con sudores ó una diarrea biliosa, y algunas con un movimiento febril ó una ictericia crítica.

Las enfermedades espasmódicas son rara vez capaces de una solución franca y completa: en ellas sin embargo el principio conservador de la vida no permanece en la inacción. El flujo hemorroidal, ciertas calenturas saludables, ú otras indisposiciones mas regulares, y mas acomodadas para experimentar una buena crisis, son unos recursos que parece que este principio se reserva para los casos tenaces, y de los que hace uso cuando no puede tentar otra cosa mejor. Aun á veces se sirve tambien de algunos movimientos convulsivos, mas ó ménos violentos. Es verdad que este último medio es precario y peligroso: rara vez sale acertado; casi siempre agrava, y aun puede hacer mortales las enfermedades en que los nervios y el cerebro se hallan esencialmente atacados. Pero no por esto

es ménos cierta la proposición general que voy sentando: y es ademas cierto, por consiguiente, que los médicos, sin cesar de imitar la naturaleza, pueden seguir indicaciones harto variadas, y formarse diferentes planes de curación.

Aunque la sangría y el régimen antiflogístico son perfectamente acomodados á las enfermedades inflamatorias, Van-Helmont y Lobb las curaban admirablemente con los sudoríficos. Sydenham curaba los afectos dichos flatuosos con los marciales; Hoffman, con los nervinos y gomas fétidas; Boerhaave, con los jabonosos y jugosos, Roberto Whitt, con los estomacales, la quina, y los amargos; Pomme, con los diluentes, baños tibios y frios; Barthes (1), con lo que él llama método perturbador, es decir con la alternativa de los calmantes, excitantes, y tónicos; los Staalhianos, con

(1) Este célebre profesor, lleno de erudición é ingenio, espuso sus principales consideraciones en una obra sumamente original, que carece de claridad en algunos lugares, pero que merecería, y obtendrá tarde ó temprano, una mas sobresaliente aceptación.

los astringentes moderados, y particularmente con los aloéticos, á fin de estimular las hemorroidas, que ellos miran como la crisis por excelencia de la edad madura y vejez.

Todos estos prácticos citan varios hechos en apoyo de sus planes y método: los mas los cuentan con una buena fe que no permite sospecha ninguna: y aun nuevas y numerosas esperiencias confirmáron sus resultados. Y aunque seria una cosa absurda el concluir de ello que estos diversos medios pueden emplearse indiferentemente siempre; que ellos son igualmente conducentes en todas las circunstancias: debemos juzgar por esto que las fuerzas vivientes pueden compensar aquel defecto de rigurosa precision, comun á todos nuestros planes curativos, y que ellas, al modo de un hábil artífice, saben hacer uso de los instrumentos que se les presentan, con el espíritu que ellos exigen, ó que mas les conviene.

Pero hay mas. El arte, por medio de prontas crisis, puede substituir los esfuer-

zos muy á menudo inciertos y lentos de la naturaleza; puede forzarla, por medio de inesperadas conmociones, á reunir en un corto espacio de tiempo las tentativas que no hace ella mas que de tarde en tarde; y puede imprimirle unos movimientos que ella ignora, abandonada á sí misma. Así es como las sangrías copiosas *degüellan* en los principios, segun la espresion de Galeno, ciertas calenturas formidables: así es tambien como los vomitivos, y sobre todo los anti-moniales se llevan consigo de golpe varios dolores pleuréticos ó reumáticos, muchas especies de oftalmías, males de garganta, y que ellos hacen cesar, como por encanto, ciertos delirios furiosos, y hasta algunas hemorragias uterinas.

Poseido cada médico de los objetos que él ha visto y verificado, y confiado con razon en los remedios cuyos buenos efectos le constan, emplea estos remedios con preferencia, siempre que vuelve á hallar casos semejantes. Este proceder no es solamente naturalísimo, sino tambien el mas razonable y útil. Ninguno, sin duda, tiene

fundamentos para discurrir que el medio que aconseja sea el único ó mejor, pero cuando le ha visto salir acertadamente con frecuencia, y cuando, por su propia experiencia, conoce las indicaciones y uso de semejante medio, es este el mejor para él; y á veces el único á que le sea posible referirse.

Haciendo las relaciones ó los libros la pintura de las enfermedades, no nos trasladan nunca al teatro realmente: y dando cuenta de los efectos de un remedio, no nos comunican mas que sus ideas incompletísimas, y capaces de inducir á error con frecuencia. Rara vez son fieles y puras las descripciones; y aun cuando lo fuesen siempre, es imposible que abracen todas las particularidades, y comprendan las diferencias. Lo vago de las denominaciones llega á llenar de una nueva confusión la pintura. ¿Qué cosa es una fiebre pútrida? una fiebre maligna? una enfermedad biliosa? Si nos ceñimos á describir los fenómenos, siguiendo con puntualidad el orden sucesivo suyo, harémos una

cosa mejor sin duda ninguna; y aun harémos con corta diferencia cuanto es factible, cuando no podemos presentar inmediatamente á la vista los objetos mismos. Pero faltarán la fisonomía y alma siempre á estas imágenes, muy indeterminadas para dejar durables señales, y muy inciertas para substituir de modo ninguno la naturaleza. Síguese de ello, que cada médico puede tener su materia médica, y que la materia médica no puede enseñarse bien mas que en la cama misma de los enfermos (1).

(1) El modo rápido y general con que recorro mi asunto, me impide estenderme á las menudencias de las pruebas prácticas; y me limito á las siguientes reflexiones.

1º Ciertas evacuaciones son saludables en ciertos casos determinados; y semejantes evacuaciones pueden producirse á discrecion con auxilio de ciertas substancias. De lo cual solo concluyo que el arte existe. El purgante cura; el ruibarbo purga; luego la medicina no es un arte imaginario.

Voy todavía mas adelante. Para que la medicina no pudiera reducirse en arte realmente, seria preciso que cuantas substancias obran sobre el cuerpo viviente, produjeran uniformes efectos en él; y que ellas no pudiesen modificarle mas que de una manera siempre la misma.

¿Exigiria de mí el lector que respondiera al escepticismo, ó aun á la absoluta

Desde el instante en que reparo que ciertos alimentos, ciertas bebidas, etc., producen efectos diferentes, buenos ó malos, deduzco de ello reglas para el uso suyo: válgome de estas reglas para conservar la salud, para curar las dolencias: la medicina existe para mí; y existe como un arte real.

2º Se llegó en las reglas del pronóstico hasta un superior grado de certeza; lo cual no prueba solamente la uniformidad de las leyes naturales, sino tambien el enlace de los síntomas sensibles con los movimientos ocultos que se verifican, ó se preparan. Por otro lado, no puede ponerse en duda la accion de los principales remedios: y nadie llegó en la incredulidad hasta el grado de defender que los purgantes no purgan, y que los vomitivos no hacen vomitar. Ahora bien, si se preven las crisis propicias ó adversas; si los remedios ó el régimen pueden auxiliar las unas, y precaver las otras, lo cual resulta claramente de los efectos que en ellos reconocen todas las gentes; no hay en esto pues unas sólidas basas para la medicina?

3º El arte cura varias dolencias que la naturaleza no cura nunca, ó casi nunca: tales son las fiebres intermitentes malignas, las hidropesías dependientes de profundas obstrucciones de las vísceras abdominales, etc. En las que la naturaleza cura, el arte puede hacerle producir comunmente diversos movimientos mas seguros y rápidos. Nos lo enseñan, no algunos racionios

incredulidad de varios médicos? que indagara las causas de ello? que examinara sus motivos? No lo tengo por necesario esto. En los objetos de discusion, deben mirarse generalmente como nulas las opiniones particulares: y por lo que á mí hace, declaro francamente que no reconozco en ellos

hipotéticos, sino la observacion y esperiencia desnudas de toda preocupacion.

4º En balde se objetaria que únicamente la naturaleza cura las enfermedades: porque esto no es verdad con respecto á algunas de las mas graves, y en particular á los accidentes causados por los venenos, cuyo distintivo característico es el de ser superiores á las fuerzas vitales. La naturaleza no cura mas que en determinadas circunstancias, y bajo determinadas condiciones: pero el arte puede mudar las unas, y satisfacer á las otras.

« El que dice que se curan las enfermedades de sí mismas, presenta una idea falsa, ó no sabe lo que quiere decir. Ninguna cosa se hace de sí misma; y todo depende de causas ó circunstancias determinantes. Esto no es ménos cierto en cuanto á los hechos menores separados, que en cuanto á aquellos conjuntos de hechos numerosos encadenados los unos con los otros. Cuando hablan de producciones espontáneas, se sirven de una palabra vacía de sentido, y que no espresa cosa ninguna real. »

HIPÓCRATES, Περὶ τεχνῆς.

mas autoridad que la de la naturaleza misma de las cosas, es decir, de la razon que se nos ha acordado para inquirir sus leyes. A los ojos del que se deja alucinar de los juicios humanos, no hay absurdo monstruoso que no pueda convertirse en evidente máxima, en verdad cierta; ni tampoco verdad grande y fecunda, que no pueda pasar por un pernicioso ó reprehensible error. Si queremos saber pues lo que se debe pensar sobre la medicina, echemos de nuestra memoria lo que sobre aquella pensaron los otros: investiguemos, examinemos, y ventilemos. Las consecuencias á que nos conduce el acertado uso de nuestra razon, no pueden invalidarse por las opiniones de los mayores ingenios mismos. Esta manera de pensar no es una vana presuncion, sino una justa confianza en la naturaleza, y en el instrumento que ella nos dió para iluminar y dirigir todas nuestras investigaciones. Si ratiocinamos mal, carecemos de fundamentos, pero si ratiocinamos bien, nuestras ilaciones no necesitan de ir acordes con las que otros dedu-

jéron, para tener todas las propiedades de la certeza y evidencia.

Así me contentaré con notar que no hallamos, entre los médicos detractores de su arte, ningun práctico recomendable; que ellos son ó especuladores dados á las ciencias exactas, agenos de toda práctica frecuentemente, ú hombres sin tino, á los que perennes desaciertos fastidiaron de ella con razon. Viendo estos últimos que su medicina se malogra siempre, y conociendo que ella es vaga é infundada, no se imaginan que pueda existir otra cuyas reglas tengan basas ciertas, y cuyo ejercicio pueda ser realmente útil; y no hallando en ella aquellos primeros el puntual curso del cálculo, ni aquellas fórmulas rigorosas que son, en su concepto, el único *criterio* de la verdad; niegan que la aplicacion de los remedios (1) pueda adquirir jamas una cer-

(1) Pitcarn espresa así un problema: *Dato morbo, invenire remedium proportionatum*: « Conocida la enfermedad, proporcionarle el remedio. » Esta solucion no es imposible de hallar mas que para el calculador que la quiere matemática y precisa. No se resuelven así los

teza plausible; sin pensar en que cada ciencia tiene su especie de pruebas, y que si el hombre necesitara realmente siempre de las que ellos exigen para resolverse, permanecería eternamente en la duda é inacción con respecto á las cosas mas comunes de la vida. La naturaleza, cuyas operaciones son nuestros únicos modelos, y cuyo impulso estamos obligados á seguir á pesar nuestro, supuesto que todos los objetos sobre que queremos obrar no pueden modificarse mas que segun las leyes de ella, y supuesto que nosotros mismos nos hallamos bajo su inmediata dependencia, como todos los restantes seres existentes; la naturaleza no usa de la exacta precision en cosa ninguna; y parece que quiso conservarse en todas partes una cierta latitud (1),

problemas prácticos de las artes. El uso de los instrumentos de que en ellos se sirve el hombre, no es capaz de una precision absoluta. Pero no por ello dejan de ser quizas los mas acomodados á nuestra naturaleza y á la de su objeto.

(1) Esta latitud se corresponde exactamente con la que el arte puede arrogarse en la práctica, ó mas bien ella suministra su medida.

á fin de dejar á los movimientos que imprime, aquella libertad regular, que no les permite salir del órden nunca, pero que los hace mas variados, y les da mas gracia. La certeza rigurosa, tomando esta voz en su mas absoluta acepcion, pertenece esclusivamente á los objetos de mera especulacion: y en la práctica, es preciso contentarse con aproximaciones mas ó ménos exactas, que por este motivo podrian llamarse *certezas prácticas*. Es preciso contentarse con ellas, porque son las únicas á que la naturaleza nos permite llegar, y porque le bastan al género humano para asegurar su conservacion y bien estar. Si esto no fuera así, no solamente el hombre no hubiera podido tentar ninguna de las empresas que multiplican sus gozos, sino que tambien no existiria él ya, mucho tiempo hace, sobre la haz de la tierra.

Dependiendo en la medicina todo ó casi todo de una ojeada ó feliz instinto, hállanse mas bien en las sensaciones mismas del artista (1), que en las reglas del arte. El

(1) « No hallaréis ninguna medida, ningun peso,

que no ha visto los objetos, no se forma idea ninguna de las pruebas que su observacion suministra : y el que los contempla con órganos nada atentos ó poco sensibles, se forma ideas imperfectas ó falaces. De ello, podemos juzgar fácilmente porque varios médicos meramente geómetras ó especuladores, porque tambien algunos prácticos desacertados, se declararon contra la medicina (1). Se hallaban estos últimos casi en el caso de los filósofos, que, en virtud de la sola lectura de nuestros escritores, creyeron poder declarar sobre los

ninguna forma de cálculo, á que podais referir vuestros juicios, para darles una rigurosa certeza. No hay en nuestro arte mas certeza que las sensaciones. »

HIPÓCRATES, *Περὶ ἀρχαῖων ἰητρικῆς.*

(1) En cuanto á mí, certifico que he visto útil la medicina con frecuencia, y creo que ella puede serlo casi siempre. Hay pocas enfermedades esencialmente incurables : el arte está distante de la perfeccion á que debe llegar él; y muy esclavizados los médicos á los estilos de la rutina, abandonan todavía el uso de todos sus recursos. Por esto no se curan cuantos podrian curarse. Pero en los casos mismos mas desesperados, es posible á lo ménos paliar el mal y aliviar al paciente, lo que debe sin embargo contarse por algo.

ocultos arcanos de la naturaleza. Pero esta se reservó el derecho exclusivo de descubrirlos por sí misma á los verdaderos meditatores únicamente.

Era estilo en Paris, poco hace, entre la gente fina el mofarse de la medicina, y tratar de quimera su virtud. Acreditaban este modo de pensar algunos médicos de fama, que discurrían quizas infundir un mas alto concepto de la fuerza de su talento, menospreciando al dios de su templo; y unos literatos, cuyas audaces consideraciones habian impugnado todas las preocupaciones, le propagaban con tanta mayor diligencia, cuanto ellos se habian habituado quizas con mucho exceso á tomar la incredulidad por filosofía. Cuantos querian venderse, como ellos, por superiores á todas las supersticiones, se creian obligados, en conciencia, á repetir en el trato humano los racionios de Montaigne, las chanzas de Moliere, ó los arranques de J. J. Rousseau. Se via decir y repetir diariamente, que es necesario referirse, para la curacion de las enfermedades, á la naturaleza pró-

vida y sabia , aun por boca de los que no reconocian prevision , ni fundado plan en ella. Los que negaban absolutamente todas las causas finales , que consideraban la existencia humana como el efecto de los sucesivos acasos , ó del lento aprendizaje de cada órgano , tenian al mismo tiempo por imposible el añadir nada con meditadas combinaciones á estos acasos , y perfeccionar este aprendage con ensayos fundados en la observacion.

No examino si eran bien consigüientes en esto. Pero ; qué espectáculo el de ver á un médico (1) tratando de embaucamiento su profesion , de frivola parada sus conocimientos , y de vanas gazmoñerías sus obligaciones ! ¿ Se imaginaria infundir él una suma confianza en la rectitud de su espíritu , al que no han desanimado los es-

(1) Se conoce bien que hablo aquí solamente de los que continúan ejerciendo una profesion cuyas reglas y utilidad desconocen ellos. En quanto á los médicos que , turbados con sus dudas , toman la resolucion de renunciar de la práctica , no podemos seguramente ménos de alabar su probidad , franqueza , y miramiento.

tudios de un arte , en su dictámen , totalmente falaz ? creeria realzar sus prendas personales , haciendo así alarde con descaro de que si practica su arte , es sin darle crédito , mofándose con este atrevimiento de la humanidad ? Sin duda que no. El único blanco de este manejo es el de atraer la atencion de las gentes con singulares opiniones , y de alucinarlas con el desprecio mismo que se hace de sus juicios. Quiere uno hacerse superior á los hombres , ménospreciando lo que ellos estiman ; y quiere hacerse superior á todo , afectando desnudarse del espíritu de cuerpo y del interes personal. Pero muchos de estos médicos , como el público pudo verlo por la esperiencia , no fuéron los ménos ansiosos , ni los ménos diestros para aprovecharse de sus caprichos. Y en quanto á aquellos en cuya alma hay cabida para las ideas de moral y humanidad ¿ no han pensado nunca en que sus máximas desaniman á los jóvenes alumnos (1) en sus tareas , los fas-

(1) En todos los géneros , el que menosprecia su arte , no puede ser jamas un superior artista. Y por lo que

tidian en sus obligaciones, los disponen casi siempre á la charlatanería mas profunda, sistemática y vituperable? ¿No conocen que sus bufonadas contristan ú ofenden á un pobre doliente, contra cuyas mas queridas esperanzas dirigen ellas sus tiros, y el cual no puede ver sin amargura cuan poco debe contar con ellos, y con la asistencia de que se prometia serles deudor?

mira en particular á la medicina, sus estudios son tan multiplicados, penosos, y repugnantes con frecuencia, que hay seguramente una suma necesidad de infundir su entusiasmo á los que se dedican á ella. Todos los buenos prácticos son unos hombres llenos de confianza en la medicina. Esta confianza es quizas, en algun modo, tanto la causa como la resulta de sus aciertos; y únicamente ella pudo sostenerlos en sus empresas. La incredulidad no engendra en esto mas que la pereza, y no hace mas que servir de capa á la ignorancia.

§ IX.

Exámen de la séptima objecion.

A los ojos del que considera como insolubles las seis objeciones primeras, es enteramente supérflua la postrera. Antes de examinarla, es preciso haber reconocido que las otras son impugnables; y aun antes de tratar de resolverla, es necesario suponerlas resueltas enteramente. Y en esta hipótesis, la mas favorable para la medicina; cuantas dificultades no quedan por aclarar todavía!; cuantas dudas por desvanecer! Porque sus máximas podrian establecerse sobre fundamentos sólidos: el tiempo, segun la espresion de Bacon, podria *haberlas engendrado* (1) con lentitud; obstinadas vigiliass podrian haber juntado todos los eslabones de la cadena que ellas deben formar: todo lo cual no

(1) *Medicina..... temporis partus. Bac.*

bastaria todavía. Estas máximas no son realmente útiles mas que por medio de su aplicacion : y si los estudios preliminares que la práctica de la medicina exige son superiores á las fuerzas comunes ; si obstáculos infinitos impiden su entrada á la mayor parte de los espíritus ; si en ellos se hallan á cada paso fuentes de errores casi inevitables ¿no estaremos obligados á confesar que el arte peca esencialmente por esta misma desproporcion de sus medios con nuestras fuerzas, y por aquella incapacidad en que nos vemos en general de hacerle llenar competentemente su objeto ? ; Es en efecto una bien dolorosa pintura de las dificultades que se oponen á su real utilidad ! ¿Cual es el médico, algo enterado de lo que pasa diariamente, que no vacilaria en pronunciar sin rodeos, si ella hace mas bien que mal, si su entera supresion seria provechosa ó perjudicial (1) ?

(1) En los paises en que la medicina se enseña y práctica de un modo soportable, es ella de una utilidad directa ; en aquellos en que su enseñanza y práctica son malas, es todavía útil indirectamente, como va á verse en un instante.

Pero no es menester considerar bajo este aspecto la cuestion.

El hombre paciente quiere ser aliviado : lo quiere, no en virtud de las consideraciones ventiladas del racionio, sino por un efecto del invencible impulso instintivo. De ello, aquella universal creencia en la medicina, mas fuerte, digan lo que quieran, mas supersticiosa en el pobre é ignorante, que entre las gentes de conveniencias y cuyo talento ha podido recibir algun cultivo ; en las tribus salvages, que entre las naciones civilizadas. Las ciudades tienen médicos ; pero las aldeas tienen sus curanderos, y las selvas de la América juglares, que, para poner en ejercicio todas las fibras crédulas del cerebro humano, unen al embaucamiento de su arte, una multitud de imposturas religiosas.

Los hombres ven en todas partes que ciertas substancias producen grandes y saludables efectos en el cuerpo : ven sana con ello graves enfermedades, que, por falta de socorros, son comunmente mortales.

les (1). ¿Es necesario mas, cuando ellos mismos están enfermos, para determinar-

(1) Para poner en duda la accion de la medicina, es necesaria una serie de racionios sutiles de que no son capaces los hombres sencillos y ordinarios. Producen á sus ojos los remedios unos efectos sensibles, mudan el estado de los enfermos, y restituyen la salud. Careciendo otros enfermos de medios curativos en un estado análogo, ó despreciándolos, se empeoran de dia en dia, van decayendo con despacio, ó mueren repentinamente. Estos son los motivos de la creencia del pueblo. El pueblo, y por esta voz entiendo el grueso de los hombres, se deja guiar siempre de racionios simples y directos, deducidos de patentes datos. Este modo de proceder es quizas poco picante para el amor propio é imaginacion: pero ¿no es en substancia, el mas seguro, como tambien el mas fácil? Apartándose los visionarios y espíritus sutiles de los modos comunes de ver ó sentir ¿no están necesariamente espuestos á incurrir, por esto mismo, en el error con más frecuencia? Hay opiniones absurdas de que únicamente los hombres de talento son capaces. Lo sublime de la filosofía consiste en atraernos hácia la razon natural. Pues bien, la razon natural es un parte de las sensaciones claras y distintas; la cual desecha cuanto les es contrario, ó quanto no depende inmediatamente de ellas. Nuestra naturaleza exige que consideremos los objetos por masas mayores, que juzguemos sobre ellos por consecuencias mayores, que los cojamos en algun modo, por el remate grueso.

los á recurrir á las personas que saben hacer uso de estos remedios, y lisonjearse de recuperar con ellos la vida y salud? Esta esperanza que los inclina hácia los sanadores de toda especie, no es el fruto de la reflexion; es una necesidad real, inseparable de nuestra existencia y de las otras necesidades nuestras. Se impugnaria esta inclinacion en balde; no la destruirian con destruir la medicina; y no se haria mas que entregar indefenso un mayor número de víctimas en manos de la audaz ignorancia.

Creo poder ir mas adelante. Supuesto que esta propension nos es tan natural; supuesto que se halla ligada con nuestros primeros impulsos, es buena de si misma; y no necesita mas que de direccion. Pero ¿qué es menester para ello? Es menester, por una parte, que los verdaderos médicos se esfuercen á perfeccionar la ciencia con asiduas tareas; y por otra, que la autoridad pública, con buenas leyes de policia, preserve al pueblo de sus propios errores; porque este objeto es del corto número de

los que no deben abandonarse á una ilimitada libertad. Si no tenemos pues como lo pienso, mas que la alternativa de confiar la vida de los hombres á los alumnos salidos de nuestras escuelas, ó de dejarla á la discrecion de los juglares y comadres ¿no vale mas todavía el atenerse á los primeros? y no seria una filosofía bien falsa y mortífera, la que nos entregara en poder de sus despreciables concurrentes?

Quien ignora las turbaciones mentales, flaquezas, y credulidad de los dolientes? ¿á quien se le oculta con qué presuntuosa confianza se mete cada uno á aconsejarles su remedio, sin conocer la enfermedad ni el remedio mismo? El lector vió, sin duda, á algunos de aquellos desgraciados, cuyos amigos, conocidos, vecinos, vecinas, se apoderaban alternativamente, y que no habian hecho mortales unas enfermedades curables con el reposo y la dieta, mas que por no haber tenido fuerzas para resistir á las importunidades, amenazas, promesas, y mas especialmente á aquellas relaciones de curas maravillosas con que va envuelta

la droga siempre. Pero ¿hay alguien que pueda prometerse de tener siempre estas fuerzas? ¿Creemos que el juicio conserve su equilibrio en los momentos, en que los órganos no están ya en el suyo? Se debilita la cabeza con las funciones vitales, y por las mismas causas; ella desatina á veces de un modo completo, mucho tiempo ántes de su entera estincion, y aun sin que parezcan conocidamente alteradas. Una leve enfermedad puede hacer totalmente incapaz de raciocinar al hombre mas cuerdo: y el delirio le hace inferior á una criatura. Los que le circundan en el primer caso, le hacen querer; y en el segundo, quieren en su lugar. Cuanto mas tristes son las circunstancias, tanto mas tumultuosos, atropellados, é inciertos son los pareceres; y cuanta mayor prudencia exigen los socorros, tanto mas los multiplican sin orden ni preciso objeto. Para salvar al doliente de tantas determinaciones ciegas, vacilantes, y contradictorias, es necesaria una autoridad que cautive su confianza, que pueda imponer respeto en cuanto le rodea,

confundir la ignorancia con el ascendiente de la ciencia, y dar un espíritu metódico y uniforme á la curacion; es necesario alguno que ordene, á fin de que todos no quieran ordenar á un mismo tiempo. Este es el verdadero papel del médico, y esto es lo que no puede esperarse mas que de él: de modo que si él hace poco bien, impide mucho mal; y que, aunque hiciera mucho mal evitaria otro mayor todavía. Amigos ó enemigos de la medicina, ninguno sin duda se atreverá á negar esto.

Así pues, á pesar de los vicios casi universales de su enseñanza; á pesar de la imperfeccion de su práctica, de la cual no es mi ánimo hacer una falaz pintura; y á pesar de los obstáculos de toda especie que se oponen á sus progresos; los espíritus rectos, despues de un reflexivo exámen, están precisados á reconocer su utilidad real, aun en las suposiciones las ménos favorables á su causa. Que se tranquilicen las almas sensibles por su parte: pues la medicina, tan léjos de ser, como lo afirman

varios declamadores, un azote de la humanidad, es por el contrario su esperanza y salvaguardia; y le promete, para lo futuro, unos recursos que deben ser mas estensos y eficaces cada dia.

Efectivamente, y esto resulta de cuanto precede, hallándose la medicina en la naturaleza igualmente que las demas ciencias y artes, tiene, como ellos, sus eternas bases y medios de perfeccion. Las necesidades le diéron origen: el tiempo y la observacion la estendiéron y cultiváron, aclaráron ya una infinidad de objetos que no parecian capaces de claridad, y sujetáron á la analisis lo que tenia visos de negarse á ella. ¿Qué límites osaríamos prescribir á unos descubrimientos cuyas materias están á nuestra vista, cuyo fin nos toca inmediatamente, y para los que bastan nuestras potencias bien dirigidas? ¿Quien podria decir: «El ingenio del hombre irá hasta allí; no pasará mas allá? Sin dudà la medida de sus sensaciones es la de su perfectibilidad: pero ¿quien conoce esta medida? ¿quien sabe hasta qué punto pueden per-

feccionarse las sensaciones mismas? En lo que les es extraño, no hay mayor ni menor evidencia; hay completa obscuridad. Pero en todo lo demas, no hay cosa ninguna que no podamos aclarar. Cuanto mas sabemos, tantos mas medios tenemos de aprender. Nuestras esperanzas y ambicion pueden abrazar, en cierto modo, hasta lo infinito. Y si se logra perfeccionar los métodos que alivian la memoria; si, á proporcion que se multiplican nuestros conocimientos, sabemos ligarlos con algunos resultados que los encierran todos realmente: serán ellos tan estensos como seguros, de una aplicacion tan fácil como precisa; podremos tenerlos todos á nuestras órdenes, y servirnos de ellos sin esfuerzo á cada momento. Estas clasificaciones analíticas son quizas mas necesarias en la medicina, en la que son quizas tambien mas fáciles. Parece que la naturaleza nos inclina á ello de sí misma, y como á pesar nuestro á menudo. En vez de resistirnos á sus impulsos, no tenemos mas que seguirlos religiosamente: nos basta con consultarla confiada y re-

flexivamente; y no desea otra cosa mas que descubrirse á unos ojos dignos de sí.

§ X.

Conclusion.

Sí, atrévome á pronosticarlo: con el verdadero espíritu de observacion, el espíritu filosófico que debe dirigirle va á renacer en la medicina; y la ciencia va á tomar un nuevo semblante. Se reunirán sus fragmentos esparcidos, para formar de ellos un sistema simple y fecundo como las leyes naturales. Despues de haber recorrido todos los hechos; despues de haberlos revisito, verificado, comparado, los enlazarán y referirán todos á un corto número de puntos fijos ó poco variables. Se perfeccionará el arte de estudiarlos, de ligarlos entre sí por sus analogías ó diferencias, y de deducir de ellos reglas generales, que no

serán mas que su espresion misma, pero mas precisa. Se simplificará especialmente el arte, mas importante y dificultoso, de hacer la aplicacion de estas reglas á la práctica. Con ello, cada médico no estará obligado á formarse sus métodos é instrumentos; ni á olvidar lo que se aprende en las escuelas, para indagar en sus propias sensaciones lo que él pediria en balde á las ajenas; quiero decir algunas pinturas, no solamente bien circunstanciadas y de una escrupulosa propiedad, sino tambien formando un total cuyas diversas partes se hallen coordinadas. Con ello, no habrá ya necesidad de que el talento se ponga incessantemente en el lugar del arte: este, por el contrario, dirigirá siempre al talento, le engendrará á veces, y aun parecerá hacer las funciones suyas. No porque yo crea posible el suplir, con la precision de las operaciones, la finura del tino (1), y las com-

(1) Los conocimientos que se adquieren en las escuelas ó libros, no pueden comunicar ni cultivar la sagacidad de los sentidos. Las reglas de la poesia no forman á un gran poeta, ni las de la música á un gran músico. El ta-

binaciones de un ingenio feliz; sino que el tino no se estraviará ya con imágenes vagas é incoherentes, ni atarán ya reglas frívolas y falaces al ingenio: ni uno ni otro encontrarán ya ningun obstáculo á su completo progreso. Con ello, algunos talentos

lento es raro y no se transmite. Los verdaderos conocimientos de nuestro arte no son mas que un conjunto, mas ó ménos completo, de las sensaciones recogidas en la cama de los enfermos: las cuales sensaciones no pueden suministrarse mas que por los objetos mismos que las producen. Así la lectura, hablando con propiedad, no nos enseña, en algun modo, mas que lo que ya sabemos. Pero cuando los libros elementales estén compuestos con un buen espíritu indicarán el verdadero modo de observar; y cuando ellos presenten los hechos enlazados y bajo su natural aspecto, ayudarán á ver mejor los objetos, y á representarse de un modo mas distinto las impresiones que con frecuencia recibimos de ellos á la aventura. Estos libros no harán perder un tiempo precioso en grabar penosamente en la memoria unas cosas, que tenemos á suma felicidad poder borrar de ella en lo sucesivo; ellos, por el contrario, abreviarán, allanarán todas las dificultades, y serán para el jóven alumno lo que es un hábil maestro, que, para comunicarle mejor su ciencia, se esfuerza á ponerle en las situaciones, y hacerle usar de los procedimientos con que él mismo la ha adquirido.

medianos harán quizás fácilmente lo que no hacen ingenios eminentes ahora mas que difícilmente : despojada la práctica de todo aquel fárrago ageno que la ofusca , y reducida á indicaciones sencillas, distintas, metódicas , logrará toda la certeza que permite la voluble naturaleza de los objetos en que ella se ejerce.

Entre tanto , aunque ciertamente es posible sin duda el ponerle graves y fundadas tachas; aunque se hallan médicos indignos de semejante nombre en todas partes : los juicios del público que los colocaran á todos en una misma clase, y confundieran la ciencia y virtud con la ignorancia y charlatanería, serian indubitavelmente de la mas señalada y ofensiva iniquidad. Ninguna cosa mas propia para desanimar á los ingenios , y abatir á las almas honradas. La gente del mundo quiere dar su parecer sobre cuanto forma la materia de las conversaciones. Se habla de enfermedades y médicos : todos quieren conocer las unas, y pronunciar sobre los otros.— Esta enfermedad se ha dirigido mal; se ha cometido

tal yerro ; hubieran debido hacer esto. Un cierto médico ha matado á su enfermo : si se hubiera hecho uso de este remedio , no hubiera sobrevenido semejante contra-tiempo.— A estas decisiones tan perentorias como poco motivadas, los profesores del arte deberian responder á lo ménos con la sonrisa de lástima que ellas merecen. Tan léjos de acogerlas ellos mismos, de apoyarlas, de alimentar con ellas la malignidad pública, deberian dar á conocer á los que las espresan, cuanto envilece su razon el que juzga sobre lo que ignora; y cuanto ultrajamos toda justicia, cuando queremos envilecer á los que no estamos habilitados para juzgar.

¡ Cuan pocas personas pueden decidir á un mismo tiempo con imparcialidad, y verdadero conocimiento de causa, sobre las materias de medicina! Las luces necesarias para esto no existen mas que entre los médicos , y estos pueden con frecuencia estar dispuestos á aprovecharse del espíritu de denigracion que reina en las concurrencias públicas; á veces

pueden valerse con diligencia de las ocasiones que los eximen de ser equitativos para con sus compañeros. Así pues, por una parte, el público no tiene derecho para formar una opinion con respecto á los médicos; y por otra, la opinion que estos tratan de darse los unos de los otros puede ser sospechosa con harta frecuencia. Aquel es incompetente, y estos no siempre son desapasionados.

Si nos contentáramos con deducir del modo general de raciocinar de cada práctico y de su porte en los negocios de la vida, la disposicion intelectual y grado de moralidad que es posible esperar de él en el ejercicio de su arte; si á estos primeros datos, se añadieran los de sus aciertos y desaciertos: seria ménos ciega la confianza, y ménos injustas las censuras. Supuesto que quieren juzgar absolutamente á los médicos, no deberian salir á lo ménos de estos límites. En cuanto á lo que los mira personalmente, como entregados á sus recíprocas injusticias, son siempre apasionados ó de mala fe ¿con qué moti-

vos seria posible obligarlos á mantenerse dentro de los límites de la razon y equidad? es necesario apelar á su conciencia, y á la idea mas justa de su propia dignidad.

Pero, lo repito, hay médicos, y aun en grandísimo número, que se complacen en tributar homenaje al mérito: tambien hay otros que reúnen el talento con la vasta ciencia, y la mas cordial humanidad (1) con aquella refleja moral que cultiva la virtud como un arte, y que hace desempeñar las obligaciones como se satisfacen las necesidades. Si ellos son mas raros, es menester atribuirlo tanto, quizas, á los errores de la opinion, como á los vicios de nuestras escuelas, ó de la educacion general. Para multiplicarlos, bastaria con pagarles el tributo de homenajes que les es debido. Si le reclamo yo, es ménos en su

(1) En todo el curso de las guerras de la revolucion francesa, diéron los médicos de ejército testimonios del zelo mas generoso: sirviéron á la patria y libertad con una solicitud que hace honor á la ciencia, y que les asegura el eterno reconocimiento de sus conciudadanos.

favor, que en el de aquel público mismo que los condena con tanta ligereza. No tienen necesidad de su aprobacion, y saben apreciar sus incertidumbres. Pero es un fomento necesario á unas almas mas irresolutas, que podrian asemejárseles con este apoyo. ¡Considérese á qué severos estudios y repugnantes tareas se consagran! de cuantos continuos sacrificios se compone su vida! cuan importantes servicios pueden recibir de ellos los individuos, familias y sociedad (1)! Hácenlos recomendables

(1) Insistiendo sobre la importancia de las tareas del médico, no creo dejarme llevar de aquel afecto personal, que nos abulta casi siempre la de los objetos á que hemos consagrado nuestra vida; y al mostrar la estension de los servicios que un médico ilustrado, sabio, y virtuoso puede hacer, ha sido mi principal mira la de dar á conocer á cuantos abrazan esta profesion toda la gravedad, y rigidez de sus obligaciones. No hay quizas efectivamente ningun estado en la sociedad, cuyas obligaciones sean mas variadas, y respetables; en el que se tenga mas necesidad de formarse de antemano á sí mismo un invariable plan de conducta; de sujetar, en algun modo, al cálculo, todas las circunstancias en que uno puede hallarse; y de dirigir todos sus pasos segun reglas seguras, á que puedan referirse todas las particularida-

no solamente algunas víctimas arrancadas á la muerte y al dolor; sino tambien los

des. Permítanseme algunas reflexiones sobre este objeto.

Es la profesion del médico bajo unos aspectos, una especie de sacerdocio, y una verdadera magistratura bajo otros. Como en los objetos de sus ocupaciones no se trata de nada ménos que de la vida de los hombres, su obligacion de decir todas las verdades útiles, de no alterar ninguna, de dar á su espíritu cuanta perfeccion cabe en él, es tan sagrada, que la mas leve violacion, el mas ligero olvido, ó la menor negligencia sobre cada uno de estos puntos tiene siempre algo de realmente reprehensible.

Podemos considerar las obligaciones del médico con relacion á la ciencia, á sus enfermos, y á la sociedad toda entera.

El médico debe á la ciencia, ó, si se quiere, á la humanidad (porque la utilidad general de los hombres es siempre su último fin); el médico, repito, le debe el investigar en las ciencias colaterales lo que se refiere á nuestro arte, lo que puede trasladarse sin hipótesis á este; é investigar en el arte mismo lo que él puede suministrar á las otras ciencias, particularmente á las que le sirven de antorcha. En cuanto á él, el amor de la verdad no debe ser solamente una inclinacion, un hábito, sino tambien una pasion: debe tener la actividad, solicitudes, y escrúpulos de una pasion real. Si el médico virtuoso no puede tomarse la libertad de disfrazar ó callar la verdad, cuando cree haberla descubierto, con mucha

intereses mas queridos del corazon humano puestos en sus manos; la esperanza de un

mayor razon no puede abandonar el estudio de los medios con que ella se descubre.

Sus enfermos tienen sin duda derecho de contar con su asistencia y consuelos. Es poco que él sepa medicinar, es menester que sepa curar. Y para esto, no tiene ménos necesidad de conocer los diversos efectos de las impresiones morales, que los de los remedios ó alimentos. Es necesario que esté iniciado en todos los secretos del corazon, y que sepa remover todas sus fibras oportunamente. Obsérvense los médicos que hacen mas curas; y se verá que casi todos ellos son hombres hábiles en manejar, y volver en algun modo á su voluntad, el alma humana, en reanimar la esperanza, en restituir la calma á las imaginaciones turbadas.

Porque, para emplear con fruto el influjo de las pasiones en la curacion de las enfermedades, es muy necesario el tener nociones exactas tocante á las relaciones y recíproca accion de estas dos especies de afectos. No se tiene ménos necesidad de entender el language de los unos, y el arte de estimularlos ó moderarlos, que de conocer las señales de los otros, y los medios de modificar sus síntomas y curso. Para hacer concurrir cuanto rodea á un enfermo al plan de curacion; para animar á las personas que le asisten con ideas las mas propias para acelerar su cura; en una palabra, para saber siempre tanto lo que conviene decir como lo que conviene hacer, debe reunir el médico mucha discrecion y tino con mucha sagacidad.

marido, esposa, hijo desconsolado, padre, y tierno amigo; la suerte de los desgraciados

Sus obligaciones para con la sociedad son la franca y generosa comunicacion de todos sus descubrimientos, el uso sabio y patriótico de todos sus talentos y medios de influjo que su profesion le proporciona. Penetrando el médico en lo íntimo de las almas, asociándose, con la dominacion de una dulce confianza, á los pensamientos y afectos de las familias; ¡cuantas perniciosas preocupaciones no puede impugnar! cuantas verdades útiles no puede propagar! Aquel ascendiente, que va unido á la naturaleza misma de su ministerio, tiene á veces efectos generales muy estensos; se convierte en una verdadera potestad pública.

En el actual orden de cosas, un médico puede hacer muy diferentes y numerosos servicios á la sociedad: pero cada uno de estos servicios no forma un orden particular de obligaciones; es posible reducirlos á algunos artículos principales.

El gran rey manda convidar á Hipócrates para que vaya á prestar su socorro á la Persia, asolada con una peste cruel. Le ofrece cuantas riquezas pueden tentar su ambicion, y cuantos honores pueden lisongear su amor propio. Hipócrates responde: «Tengo en mi casa víveres, vestido, y cubierto; nada mas me es necesario; no iré á servir á los enemigos de mi patria y de la libertad.» He aquí el gran ciudadano, el sabio amante de los hombres, que sirve á su pais con esta simple denegacion, como Miltiades y Temistocles con aquellas sobresalientes vic-

que temen sobrevivir á los objetos de su apego, los secretos de las familias confia-

torias, cuya memoria contribuyó despues mas de lo que se piensa para la emancipacion de las naciones.

Mi querido maestro, el respetable Dubreuil, robado tan jóven todavía á la ciencia que él estendia diariamente, á la humanidad que tenia poseida toda su alma, á la amistad cuyo genio tutelar parecia ser él; Dubreuil habia ido á pasar unos meses en Pezenas, en el retiro del célebre Venel, padre suyo en medicina. En medio de los mas atractivos coloquios, en medio de las deliciosas impresiones de la mas hermosa naturaleza y mas florida primavera, sabe de repente que en su pais nativo, á la sazón la provincia de Rouergue, acaba de manifestarse una feroz enfermedad epidémica, con depósito carbunco y bubones, una verdadera fiebre pestilencial. Ninguna cosa le detiene; parte, vuela, y va á echarse en medio del contagio, para llevar á sus paisanos los socorros de su beneficencia y precoces talentos. He aquí el médico virtuoso, el ciudadano zeloso.

Estas señaladas ocasiones de servir á su pais son por fortuna harto raras: y lo serán mucho mas todavía á proporcion que la policía, higiene, y en general el arte de la vida, hagan progresos reales. Pero, como acabamos de decirlo, hay ocasiones mas usuales, en que desempeñando el médico, en algun modo, el papel de magistrado, puede hacer convertirse en provecho de las leyes, moral, y razon, el imperio que le proporcionan la confianza de sus enfermos, y la intimidad de sus relaciones con las familias. El mayor bien que puede hacer-

dos á su prudencia, y fiel honradez; la paz y esperanza finalmente introducidas en las

se á los hombres, es incontrovertiblemente el difundir sanas ideas entre ellos, é infundirles generosos pensamientos. Este apostolado de la recta razon y virtud es una sagrada obligacion para cuanto ser siente y piensa; pero es una obligacion mucho mas ejecutiva todavía para todas las personas cuyas opiniones pueden transformarse en autoridades fácilmente.

En general, se ven mas libres de preocupaciones los médicos que la mayor parte de los otros hombres. El hábito de observar la naturaleza les hace ver desnudamente lo esencial de muchas cosas; les comunica un profundo menosprecio de los desvaríos de las imaginaciones inquietas ú ociosas, y mucha lástima de aquella multitud de necedades recibidas que gobiernan el mundo. Ahora bien, es imposible que la audacia intelectual no comuniquen, á la larga, alguna independencia genial. Por lo mismo los médicos cuyo nombre es digno de vivir en la memoria, fuéron verdaderos sabios y sinceros amantes de la libertad en todas las edades; apreciando con animosa y sosegada mente cuanto deja atemorizados ó atónitos á los demas hombres. En todos los tiempos, aquellos adversos errores, que no embrutece los ánimos sin depravar los corazones, halláron en su sagacidad y vigor enemigos tanto mas formidables, cuanto sus argumentos contra los embaucadores de toda especie se apoyan sobre hechos físicos, y que para debilitar su fuerza, seria necesario anonadar estos hechos. Prosigan los médicos; continúen desempeñando esta respetable tarea; háganse

almas, cuando ellos no pueden dar ya mas que esto. Porque es tanto el encanto de la virtud benéfica y animosa, que no tiene ella necesidad de socorrer la desgracia para consolarla, y que su sola voz derrama dulzura sobre todas las llagas.

Pero, dígase otra vez, cuanto mas dignos son de la gratitud pública, tanto mejor saben pasarse sin ella: y haciendo cuanto es necesario para obtenerla, establecen su felicidad sobre mas sólidos fundamentos. Y, si tengo valor para decirlo, deben acostumbrarse á desdeñarla, supuesto que es á menudo de su obligacion el despreciar la opinion que la dispensa. No pudiendo ser juzgados por los demas, es menester que aprendan á juzgarse á sí mismos; no pudiendo ser vigilados por la ley, ni por los zeladores de la moral, como lo son de la salud pública; finalmente que los gobiernos libres y amantes de los hombres hallen en ellos, unos zelosos apóstoles de la verdad y moral, cuya voz, esparciendo cada dia en el seno de las familias las luces con los consuelos, haga brotar por todas partes las semillas de la razon, de las verdaderas virtudes, y de la felicidad por consiguiente.

el ojo del público, es menester que su propia conciencia los zele incesantemente; que se formen una existencia interior, independiente de la injusta censura y vanos aplausos.

Quieren á sus semejantes, y son amigos de servirlos; pero no se indignan con su ingratitude; y aun saben hallar en ella unas delicias ignoradas del vulgo. Porque el conocer profundamente que ella no puede entibiar sus proyectos de beneficencia, ni acibarar en sus pechos las dulces conmociones de la humanidad, es sin duda una cosa muy superior al gusto que el aspecto de la gratitud proporciona.

A su vista, como á la del legislador, no hay mas que hombres: la vida del poderoso ó rico no le es mas preciosa que la del débil ó necesitado. Si se toman la libertad de hacer algunas acepciones de personas, es en favor de los bienhechores de la patria, de los sabios que la ilustran, de los superiores artistas que la honran: y si á veces piensan poder negar sus socorros, no es mas que á algunos malhechores públi-

cos (1), contra quienes es insuficiente la venganza de la sociedad en algunas ocasiones. No contentos con hacer bien, se valen de todo el predominio de su ministerio para hacerle querer de los demas: y no contentos con alimentarse de las lecciones de la sabiduría, hacen uso de la confianza íntima á que son admitidos, para propagar todas las verdades útiles. Cuando la obligación lo exige, saben arrostrar con los odios, peligros, contagios, y muerte. ¡Nos compadecemos quizás de ellos, al verlos entrar en una ciudad apestada, ó respirar los perniciosos vapores de una calentura maligna! Ah! de nosotros debemos compadecernos sin duda ninguna, si no conocemos que este sacrificio lleva consigo su retribucion, y que el estado del alma que le inspira está acompañado de los mas deliciosos y nobles gozos!

Ultimamente, cuando se aproxima el momento de pagar ellos mismos el inevitable tri-

(1) Acaba de verse mas arriba, en nota, cual fué el porte de Hipócrates, á cuyos talentos y asistencia recurrían los enemigos de la Grecia y libertad.

buto que viéron pagar á otros infinitos, recorriendo en la mente la carrera de su vida, no ven nada en ella que no los llene del mas puro contento: y sus postreras palabras son todavía acciones de gracias al supremo árbitro de la vida y muerte, y la insinuante espresion de una virtuosa tranquilidad.

Tal fué en otros tiempos el grande Hipócrates; tal fué á fines del siglo pasado el sabio y buen Sydenham; tales fuéron en nuestros dias Van-Swieten, Dehaen, Pringle, Morgagni, Rosen, Antonio Petit, Ribeiro Sanchez, Dubreuil, etc., cuyas tareas sirviéron á la humanidad, cuyos nombres son la gloria del arte, y cuyo ejemplo, presentado á la emulacion de la juventud, puede servir todavía para formar, de edad en edad, á hombres dignos de substituirlos (1).

(1) La cuestion que acabamos de examinar en sus principales argumentos, podria sentarse mas general y brevemente, del modo siguiente con escasa diferencia:

1.º ¿Se verifican segun un órden regular los fenómenos de la salud y enfermedad, los efectos de los alimen-

tos, de los remedios, y de cualquiera substancia capaz de modificar el estado del cuerpo viviente?

2º ¿Puede sujetarse este orden á la observacion?

3º O, lo que es lo mismo ¿pueden establecerse ciertas reglas fijas sobre el modo con que estos fenómenos ó efectos se producen?

4º Y por una consecuencia directa ¿pueden establecerse otras reglas correspondientes sobre el modo de producirlos por arte, de impedirlos ó suspenderlos?

Aquí, como se ve, cada término de la cuestion lleva consigo, en cierto modo, su respuesta.

Pero sucede lo mismo con esta tan general esposicion, que con casi todas las de la misma especie: no se entienden bien, ó no se coge bien su completo sentido, mas que despues de haber seguido toda la cadena de las proposiciones particulares que ellas encierran y presentan en resúmen.

P. D. Con arreglo á la observacion de un amigo doctísimo, creo deber añadir aquí, que aunque no admito la precision matemática en la valuacion de las certezas relativas á los objetos comunes de la vida, me hallo bien remoto de negar que el método general del racionio se haya perfeccionado mucho con la consideracion mas atenta de las operaciones del cálculo. No se me oculta, por otra parte, que hicieron uso de la lengua algébrica, con algunos visos de acierto, hombres de superior ingenio, para la valuacion de las probabilidades, no solamente de cualquiera opinion que no puede reducirse á formula precisa, visto la multitud é inconstancia de sus datos, sino tambien de la mayor parte de los sucesos eventuales, y aun de los que están fundados en las pa-

siones, mucho mas inconstantes todavía y mucho mas volubles, del corazon humano. Estos dos métodos, quiero decir el del cálculo y el de la sana metafísica, se aclaran mutuamente con una viva luz: de comun acuerdo, han dado ellos ya algunos nuevos pasos, que no pueden desconocerse mas que por espíritus poco atentos; y todo muestra señales de que están en vísperas de dar otros mas importantes. Es menester confesar, ademas, que ciertas partes de la física animal, tales como la apreciacion de las fuerzas musculares, la teoría de la vision, y aun quizas la auditiva, no parecen casi poderse tratar completamente sin el socorro de las matemáticas. Pero los verdaderos geómetras son los que mejor saben que el cálculo no se aplica á todo: y lo que hay de bien seguro ademas, es que las diferentes aplicaciones que se hicieron de él, hasta ahora, al arte de curar, tan léjos de acelerar sus progresos, le inficionáron con teorías las mas falsas y planes curativos los mas peligrosos.

FIN.

INDICE.

ELOGIO DE M. CABANIS.	Pág. 1
PRÓLOGO.	17
Introduccion.	25
§ I. Objeciones contra la certeza de la medicina.	33
§ II. Consideraciones sobre los primeros descubrimientos de la medicina, y sobre el curso del espíritu humano en la deducción de las reglas que resultan de ellos.	48
§ III. Exámen de la primera objecion.	75
§ IV. Exámen de la segunda objecion.	88
§ V. Exámen de la tercera objecion.	94
§ VI. Exámen de la cuarta objecion.	113
§ VII. Exámen de la quinta objecion.	116
§ VIII. Exámen de la sesta objecion.	128
§ IX. Exámen de la séptima objecion.	161
§ X. Conclusion.	171



Libro de Francisco José de S.

L
610
C112
1826

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001498202

